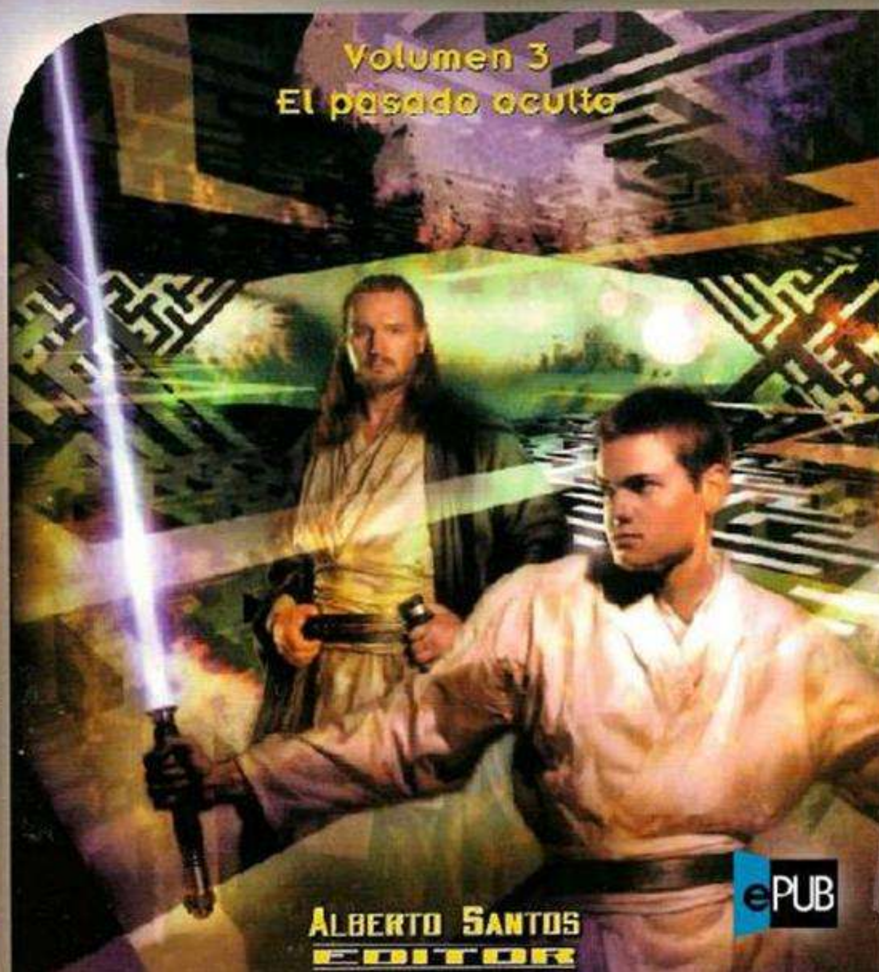
STAR WARS

APRENDIZ DE JEDI



JUDE WATSON



ALBERTO SANTOS
EDITOR

La paz por encima de la ira

El honor por encima del odio

La Fuerza por encima del miedo

Después de que Obi-Wan Kenobi y Qui-Gon Jinn son secuestrados hacia el planeta Phindar, se encuentran atrapados en un mundo enloquecido. El Sindicato controla a su gente renovando sus memorias. La única esperanza del planeta se encuentra en una banda de ladrones rebeldes.

Qui-Gon y Obi-Wan están atrapados en medio de la guerra.

Y si no son cuidadosos, sus propios pasados serán eliminados para siempre.

STAR WARS

Aprendiz de Jedi 3

El pasado oculto

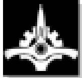
Jude Watson

Versión 1.1

27.06.13



Título original: *Jedi Apprentice: The Hidden Past*
Autora: Jude Watson
Traducción: Lorenzo F. Díaz
Publicación del original: agosto 1999

44 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: Meriba
Edición: Bodo-Baas, basado en la edición de LittleAngel para Epub Gratis
Base LSW v2.0

Declaración

Capítulo 1

El mercado de la ciudad de Bandor estaba abarrotado cuando pasó Obi-Wan Kenobi. Le habría gustado detenerse a comprar algo de fruta muja, pero Qui-Gon Jinn no aflojaba el paso. Este se desplazaba por las abarrotadas calles moviéndose con la fluidez de un río, creando un sendero a su paso, sin esfuerzo, sin que pareciera apartarse o esquivar a los demás. El muchacho se sentía como si fuera un torpe tractor de arena desplazándose junto a un elegante caza estelar.

Se esforzó por no aminorar el paso, ya que salía en su primera misión oficial con un Caballero Jedi que se había mostrado reticente a aceptarlo como aprendiz. El Maestro seguía dubitativo pese a las batallas y conflictos vividos juntos, y sólo lo había aceptado tras su última aventura, donde se enfrentaron a la muerte en las profundidades de los túneles mineros de Bandor.

El joven seguía sin estar seguro de la opinión que tendría de él. Era un hombre callado que sólo compartía sus pensamientos cuando era necesario. Obi-Wan no sabía nada sobre la misión a la que se encaminaban, debía tener paciencia y esperar a que él le contara los detalles.

Mientras no llegase ese momento, sólo había una pregunta crucial quemándole los labios, una que no se había atrevido a formular:

¿Sabría Qui-Gon que ése era el día de su cumpleaños?

Cumplía trece años. Ese cumpleaños es una fecha importante para un aprendiz de Jedi. En ella se convertía oficialmente en un padawan. La tradición dictaba que dicho cumpleaños no diera lugar a celebraciones, sino que debía observarse en silencio, reflexionando y meditando. La tradición también dictaba que el aprendiz recibiese un regalo significativo de manos de su Maestro.

Qui-Gon no había dicho nada cuando se levantaron. Tampoco mientras comían, o se preparaban para el viaje, o caminaban hacia la plataforma de despegue. Apenas había pronunciado tres palabras en lo que llevaban de día. ¿Se le habría olvidado? ¿Lo sabía acaso? El joven ansiaba recordárselo, pero su relación era demasiado reciente y no quería que le considerara avaricioso o ególatra o, lo que era peor, un incordio.

Seguro que Yoda se lo habría dicho. El muchacho sabía que los dos Maestros Jedi estaban en permanente contacto. Aunque era posible que la misión a la que se encaminaban fuera tan importante que también a Yoda se le hubiera olvidado esa fecha.

Esquivaron al último vendedor, atajaron por una callejuela y finalmente llegaron a la plataforma de aterrizaje. La gobernadora de Bandomeer había arreglado un transporte en agradecimiento por su labor. Les había encontrado una pequeña nave mercante dispuesta a llevarlos al planeta Gala. Obi-Wan sabía que en cuanto subieran a la nave, su conversación se centraría en la misión a realizar. ¿Debía decirle ya a Qui-Gon que era su cumpleaños?

Ante ellos había un piloto alto y larguirucho cargando cajas en su nave. El muchacho reconoció los largos y flexibles brazos del phindiano y aceleró el paso para llegar hasta él, pero el Caballero Jedi posó una mano en su hombro.

—Cierra los ojos, Obi-Wan —le ordenó.

Este gimió en su interior. *¡Ahora no!*, suplicó. Sabía que su Maestro le iba a pedir que realizase un clásico ejercicio Jedi:

Prestar atención al momento otorga conocimiento. En el Templo siempre se le había dado bien este ejercicio, pero llevaba toda la mañana distraído y apenas podía recordar nada que no fuera su propio cumpleaños.

—¿Qué ves? —preguntó su Maestro.

El joven cerró los ojos y reunió sus pensamientos dispersos como plumas en medio de una tormenta. Sacó observaciones del aire, recordando cosas que habían captado sus ojos pero no su mente.

—Es una pequeña nave de transporte con un profundo arañazo en el flanco derecho y varias abolladuras bajo la cabina. El piloto phindiano lleva gorra, anteojos y tiene las uñas sucias. Hay doce cajas a punto de ser cargadas, una bolsa de viaje, un botiquín…

—Ahora el hangar.

—Es de piedra vieja y de él sobresalen tres plataformas de amarre. La piedra tiene grietas verticales, hay una hiedra intentando crecer a la izquierda, a tres metros del techo, con una flor púrpura cuatro metros más abajo…

—Seis metros —le corrigió con severidad—. Abre los ojos, Obi-Wan.

Éste abrió los ojos para descubrir la penetrante mirada azul de Qui-Gon clavada en él estudiándolo y, como siempre, produciéndole la misma sensación que si estuviera arrastrando el sable láser por el suelo o llevase manchada la túnica.

—¿Estás distraído por algo, Obi-Wan?

—Es mi primera misión oficial, Maestro. Quiero portarme bien.

—Harás lo que debas hacer —respondió el Jedi en tono neutral, esperando a que el joven continuara hablando, sin dejar de mirarle. Un aprendiz tenía prohibido mentir a su Maestro, ocultarle la verdad o incluso disimularla.

El muchacho deseó no estar removiendo los pies y que sus ojos sostuvieran la mirada de Qui-Gon.

—Puede que esté distraído por algo más personal, Maestro.

Un brillo de diversión iluminó de pronto los ojos del Caballero Jedi.

—Ah. ¿Un cumpleaños, quizá?

El joven asintió, no pudiendo ocultar una sonrisa.

—Entonces debes esperar tu regalo.

¡Parecía que al final sí que se le había olvidado! Pero un momento después, su mano grande y fuerte buscó en su túnica para reaparecer con algo escondido en la palma de su mano.

Obi-Wan miraba impaciente. Los Maestros solían pensar sus regalos durante semanas o meses, viajando a veces hasta lejanos lugares para conseguir un cristal curativo o una

manta, o una capa de las hilanderas del planeta Pasmin, que tejían ropas muy cálidas de una tela tan fina que casi carece de peso.

Él le puso en la mano una piedra lisa y redonda.

—La encontré hace años, cuando no era mucho mayor que tú.

El joven miró la piedra con educación. ¿Contendría algún tipo de poder?

—La encontré en el Río de la Luz, en mi planeta natal —continuó Qui-Gon.

¿Y qué?, se preguntó Obi-Wan, pero el Caballero Jedi guardó silencio. Empezó a pensar que el regalo que le había hecho era lo que parecía ser: una piedra.

Su Maestro no era una persona corriente, y el aprendiz lo sabía, así que volvió a examinar el regalo. Cerró los dedos alrededor de la piedra. Estaba lisa y pulida y le gustaba su tacto. Cuando la luz del sol la tocó pudo ver vetas de color rojo oscuro en su brillante negrura. Era preciosa, pensó.

Miró al Caballero Jedi a los ojos.

—Gracias, Maestro. Lo atesoraré.

—¿Has completado ya tu ritual de cumpleaños como padawan? Sólo recordando el pasado se puede aprender del presente.

Cuando un padawan cumplía los trece años, debía dedicar un tiempo de reposo a reflexionar, a meditar sobre pasados recuerdos, tanto buenos como malos.

—No he tenido tiempo, Maestro —admitió.

La misión que habían llevado a cabo en Bandomeer había estado llena de peligros y, entre otras cosas, lo habían secuestrado y abandonado en una plataforma minera. Qui-Gon sabía que no había tenido tiempo de hacerlo. ¿Por qué se lo preguntaba ahora?

—Sí, el tiempo es algo escurridizo —repuso, inexpresivo—. Pero siempre conviene buscarlo. Vamos, el piloto nos espera.

Obi-Wan le siguió arrastrando los pies, combatiendo cierto sentimiento de desesperación. ¿Conseguiría agradar alguna vez a su nuevo Maestro? Justo cuando creía estar creando una base de mutua confianza, descubría que volvía a estar como al principio. Empezaba a ver que lo único que le había dado Qui-Gon hasta ese momento era una piedra.

Capítulo 2

Dos minutos —les dijo el piloto cuando se acercaron—. Debo terminar de cargar.

—Yo soy Qui-Gon Jinn y éste es Obi-Wan Kenobi.

—Sí, qué sorpresa; los Jedi son fáciles de identificar —farfulló el piloto cogiendo una caja.

—Y tú eres…

—Piloto. Soy lo que hago.

Tenía los ojos amarillos con listas rojas de un phindiano, además de unas manos que colgaban junto a sus tobillos.

—Eres un phindiano —dijo Obi-Wan—. Tengo un amigo… un conocido que es phindiano. Se llama Guerra.

Guerra era un compañero esclavo en la plataforma minera donde habían tenido cautivo al aprendiz de Jedi, y que casi había perdido la vida por ayudarle.

—¿Y por eso debo conocerlo? —repuso Piloto con aspereza—. ¿Es que se supone que debo conocer a todos los phindianos de la galaxia?

—No, claro que no —dijo el joven, confuso.

La rudeza del piloto le sorprendió. Era casi como si le hubiese ofendido de algún modo.

—Entonces deja que termine de cargar, mientras subís a bordo —repuso Piloto con brusquedad.

—Vamos, Obi-Wan —indicó Qui-Gon.

El discípulo siguió al Maestro hasta la cabina, donde ocuparon sus asientos.

—Para nuestra primera misión juntos, Yoda ha elegido algo que cree será simple rutina —dijo el Caballero Jedi—. Por supuesto, Yoda también dijo «si con la rutina cuentas, frustradas tus esperanzas se verán».

—Es preferible no esperar nada y dejar que el momento te sorprenda —comentó el aprendiz con una sonrisa. Era algo que le habían enseñado en el Templo.

Qui-Gon asintió.

—El planeta Gala lleva muchos años gobernado por la dinastía de Beju-Tallah. Consiguió unir a un mundo dividido por profundos odios tribales. Gala tiene tres tribus: el pueblo de las ciudades, el de las colinas y el del mar. Los gobernantes tallan se volvieron corruptos con los años. Saquearon las riquezas del planeta y ahora el pueblo está al borde de la revuelta. La anciana reina se ha dado cuenta de ello y ha aceptado convocar elecciones en vez de cederle el trono a su hijo, el príncipe Beju. El pueblo deberá elegir entre tres candidatos, y el príncipe es uno de ellos. Ha pasado gran parte de su vida recluido, ya que la reina temía por su seguridad. Pero fue educado para ser gobernante y está impaciente por acceder al trono.

—Las elecciones parecen una buena solución para ese planeta.

—Sí, siempre es buena idea adaptarse al cambio. Pero siempre hay quien se resiste a ello. Como el príncipe Beju. Se nos ha comunicado que no le gusta nada tener que

someterse a la votación del pueblo. Considera el gobierno de Gala suyo por derecho de nacimiento. Nosotros vamos a ese mundo como guardianes de la paz, para asegurarnos que las elecciones se desarrollen sin problemas.

—¿Hay algún indicio de que el príncipe planee algo?

—Yoda dice que no. Pero también dijo que desconfiásemos —añadió con un suspiro—. Fue una conversación típica con Yoda. Así que deberemos prepararnos para cualquier cosa.

Piloto subió a la cabina y se sentó en su sitio. Se inclinó sobre la computadora de navegación para trazar el rumbo.

—Os dejaré en Gala y continuaré con mi camino. Y ahora estaos quietos y no habléis mucho.

Maestro y discípulo intercambiaron una mirada de diversión. ¿Estaban siendo transportados por el piloto más grosero de la galaxia?

La nave despegó e instantes después Bandomeer era un planeta más, un mundo grisáceo en el profundo espacio azul. Obi-Wan miró por la videopantalla para ver cómo se alejaba, mientras los amigos que había hecho allí continuaban con su propia vida.

—Me pregunto qué estará haciendo Si Treemba —comentó en voz queda.

—Meter las narices donde no debe, seguramente —fue la respuesta del Caballero Jedi, pero el joven sabía que sentía tanto afecto por Si Treemba como él. Su amigo arcona había sido valiente y leal.

—A Clat'Ha y a él aún les queda mucho trabajo en Bandomeer —añadió Qui-Gon, mencionando a la otra amiga que dejaban atrás—. Al planeta le queda mucho para poder recuperar el control de sus recursos naturales.

—También echo de menos a Guerra —dijo el joven con un suspiro—. Fue un amigo leal.

—¿Leal? Te traicionó ante los guardias. Casi mueres por su culpa.

—Pero al final me salvó. Es cierto que los guardias me arrojaron de la torre minera, pero fue Guerra quien procuró que hubiera una red que detuviera mi caída.

—Tuviste suerte, Obi-Wan. La Fuerza te ayudó a aterrizar sano y salvo. No, no puedo estar de acuerdo contigo en lo que a ese amigo se refiere. Cuando alguien te dice que no es de confianza, siempre suele ser una buena idea hacerle caso. No digo que ese personaje sea una mala persona, pero sí que se debe tener cuidado con él.

De pronto, la nave se escoró e inclinó de forma alarmante.

—Oops, lo siento, ha sido un pliegue espacial muy extraño —dijo Piloto—. Tanta charla detrás de mí me distrae. Vamos a saltar al hiperespacio.

La nave entró en el hiperespacio. Bandomeer desapareció en un torrente de estrellas. El muchacho sintió un escalofrío de excitación. Se encaminaba hacia su primera misión oficial.

***

Estaban a medio camino de Gala cuando una luz de aviso del panel de control empezó a parpadear y a emitir un insistente pitido.

—No os preocupéis —dijo Piloto—. Sólo es una pequeña fuga de combustible.

—¿Una fuga de combustible? —preguntó Qui-Gon.

El sonido intermitente se convirtió en una fuerte sirena.

—Oops, lo siento —dijo el phindiano, desconectando el indicador—. Debo salir del hiperespacio y aterrizar en el planeta más próximo —repuso, mientras introducía nuevos datos en el ordenador de navegación—. No es problema —prosiguió, silbando entre dientes.

La nave tembló al volver al espacio normal. El comunicador cobró vida al instante.

—Identifíquense —exigió una voz sonora.

—Ah —murmuró Piloto—. Este mundo no es amistoso.

—¿Qué planeta es? —preguntó Qui-Gon.

—Está cerrado a naves del exterior.

—¡Identifíquense o serán destruidos! —atronó la voz.

—¡Pues busca otro planeta! —sugirió cortante el Caballero Jedi, empezando a perder la paciencia.

—Emergencia —dijo el phindiano, inclinándose sobre la unidad de comunicaciones. Tenemos una emergencia a bordo. ¡Y es Jedi! ¡Es una emergencia Jedi! Pido permiso para aterrizar…

—¡Permiso no concedido! ¡Repito: permiso no concedido!

Qui-Gon miró por la videopantalla.

—¿Dónde estamos, Piloto? Debemos estar cerca de Gala. Esto debería ser un sistema habitado. ¡Habrá algún sitio donde aterrizar!

—¡Qué va! —gritó Piloto mientras maniobraba la nave y daba un giro a la derecha.

¿Qué va? Obi-Wan escuchó la expresión con un sobresalto. ¡Su amigo Guerra la había utilizado muchas veces!

—¿Por qué no? —preguntó el Caballero Jedi.

De pronto, aparecieron dos cazas estelares que se separaron para situarse cada uno en un flanco. Empezaron a disparar los cañones láser.

—¡Porque nos están atacando! —gritó Piloto.

Capítulo 3

Piloto realizó una acción evasiva cuando los cazas se lanzaron aullantes contra ellos. Obi-Wan se vio arrojado contra la consola.

—¡Creo que puedo perderlos! —gritó Piloto cuando la nave tembló por el fuego de los láseres.

—¡Para! —rugió Qui-Gon. Se lanzó hacia adelante y apartó a Piloto de los mandos—. ¿Eres idiota? ¡Este transporte no puede esquivar a dos cazas!

—¡Soy un buen piloto! ¿No puedes usar esa Fuerza vuestra?

El Caballero Jedi clavó en él una mirada cortante y negó con la cabeza.

—No podemos hacer milagros —repuso con firmeza—. Los cazas nos escoltarán hasta aterrizar. Si no los sigues, nos harán pedazos en pleno espacio.

Piloto volvió a hacerse cargo de los controles de mala gana. Los cazas giraron para situarse a los flancos y conducirles hasta la superficie del planeta. Cuando avistaron la plataforma de aterrizaje, los cazas esperaron hasta asegurarse de que la nave de transporte aterrizaba, alejándose a continuación.

Piloto aterrizó lentamente su nave. El Maestro Jedi miró por las videopantallas para tener una visión completa de la plataforma de aterrizaje.

—La nave está rodeada por androides asesinos —informó.

—Eso no suena bien —repuso Piloto con nerviosismo—. Tengo un par de pistolas láser y una granada de protones…

—No —le interrumpió Qui-Gon—. No lucharemos. Están aquí para vigilarnos hasta que llegue alguien. No nos atacarán.

—Yo no estaría tan seguro —comentó el phindiano, mirándolos de reojo.

—Yo estoy preparado, Maestro —dijo Obi-Wan.

—Vamos, entonces —fue todo lo que dijo el Caballero mientras accionaba el interruptor que bajaba la rampa de salida.

Salió a ella seguido por su discípulo, mientras Piloto se demoraba en la escotilla.

Los androides asesinos se volvieron para mirarlos, pero no dispararon sus láseres incorporados.

—Como veis, han venido sólo a escoltarnos —comentó el Jedi—. No hagáis movimientos bruscos.

Obi-Wan bajó por la rampa, con los ojos clavados en los androides. Eran máquinas de matar, diseñadas y programadas para luchar sin problemas de conciencia y sin miedo a las consecuencias. ¿En qué clase de mundo habían aterrizado?

Cuando llegaron al final de la rampa, Qui-Gon alzó las manos con lentitud.

—Somos Jedi… —empezó a decir, pero sus palabras fueron interrumpidas por el fuego de las pistolas láser.

¡Los androides asesinos les atacaban!

Obi-Wan oyó el revoloteo de la capa de su Maestro cuando éste saltó y dio una voltereta en el aire, aterrizando sobre una pila cercana de viejas cajas metálicas. El joven

también se movió, sin pensar, saltando sobre las cabezas de la primera fila de androides, con el sable láser ya en la mano. Lo activó y vio extenderse el reconfortante brillo azul.

Pudo oír los *chasquidos* y *zumbidos* de las juntas de los androides cuando éstos giraron para poder apuntar mejor. El aprendiz de Jedi tenía la ventaja de su rapidez y su mayor maniobrabilidad. Además, había descubierto que sus propias percepciones acentuadas por la Fuerza le permitían predecir en qué dirección se movería un androide.

Qui-Gon bajó de un salto de la pila de cajas, cortando a tres androides de un solo tajo. Sus cabezas metálicas rebotaron en el suelo y rodaron. Sus cuerpos se retorcieron y agitaron antes de derrumbarse.

Obi-Wan cortó en dos al primer androide de su derecha, aprovechando su propio impulso para encogerse y rodar hasta las piernas del segundo. Éste se tambaleó al intentar corregir la puntería, mientras el muchacho le cercenaba las flacas piernas con el sable láser. Apenas el androide tocó el suelo, el aspirante a Jedi atacó el panel de control de su pecho, dejándolo inoperativo.

Pero no se quedó quieto, moviéndose ya por el siguiente y por el otro. Sentía a su Maestro a su espalda y supo que éste empujaba a los androides hacia el derruido muro exterior de la plataforma de aterrizaje. Obi-Wan continuó luchando, cortando, moviéndose constantemente, y situándose en el flanco exterior de los androides, para así poder empujarlos hacia el mismo lugar que Qui-Gon.

Para cuando los Jedi consiguieron finalmente arrinconarlos contra la pared, sólo quedaban cuatro en pie. Trabajando en equipo, Maestro y discípulo evitaron el constante fuego láser y, con un movimiento repentino, apelotonaron a los androides, cortándoles las junturas de las piernas. Los cuatro se derrumbaron en confuso montón y el Caballero Jedi atacó nuevamente, asegurándose así que estaban definitivamente fuera de combate.

Se volvió para mirar a su alumno. Sus ojos azules brillaban.

—Al final resulta que no eran escoltas. Me equivoqué. A veces pasa.

Obi-Wan se enjugó el sudor con la manga de la túnica. Devolvió el sable láser a su cinto.

—Lo recordaré —dijo con una sonrisa.

Qui-Gon se volvió, examinando el hangar con ceño fruncido.

—¿Dónde está ese maldito Piloto?

El phindiano había desaparecido.

Qui-Gon caminó de vuelta hasta la rampa y subió a la nave. La consola de control estaba inutilizada, alcanzada por un láser.

—Debieron ordenar a un androide que lo hiciera mientras los demás peleaban —comentó frunciendo el ceño—. Las comunicaciones en este mundo deben estar bloqueadas. Es evidente que no quieren interferencias de nadie.

—¿Qué hacemos ahora, Maestro?

—Tenemos que hablar con Piloto.

—Pero, ¿cómo vamos a encontrarlo?

—No te preocupes. Él nos encontrará a nosotros —repuso endureciendo el gesto.

Capítulo 4

Abandonaron la plataforma de aterrizaje y tomaron una calle estrecha y serpenteante que les condujo al centro de la ciudad. El Maestro Jedi ordenó a su discípulo que se pusiera la capucha para ocultar el rostro.

—Debemos estar en Phindar. Sólo nos hemos cruzado con phindianos, y sé que debimos desviarnos cerca de Gala. Debemos estar en Laressa, la capital. No creo que haya muchos alienígenas en este mundo y hay que procurar no llamar la atención. Oculta tus brazos con la capa.

Obi-Wan le obedeció.

—Pero, Maestro, ¿por qué dices que será Piloto quien nos encuentre? ¿Cómo lo sabes?

—No fue accidental que aterrizáramos aquí.

Al muchacho le había parecido un completo accidente, pero sabía que no debía decirlo. En vez de eso, se concentró en lo que le rodeaba. Ya no estaba distraído. Había olvidado que era su cumpleaños, había olvidado todo lo que no fuera fijarse en la manera en que Qui-Gon se desplazaba por las calles. Había ido cambiando su actitud a medida que se acercaban al centro de la ciudad y las calles se iban llenando de gente. El porte del Caballero Jedi llamaba normalmente la atención; era un hombre alto, de poderosa constitución y que se movía con gracia.

Pero en este planeta se movía de otro modo. Había perdido aquello que lo distinguía de los demás y procuraba mezclarse con la multitud. Obi-Wan observó y aprendió, y equiparó su paso al de los que le rodeaban, miró a donde ellos miraban, apartaba los ojos para fijarlos en el camino, y mantuvo el mismo ritmo que los transeúntes. Se dio cuenta de que su Maestro hacía lo mismo, y que se estaba fijando en todo lo que le rodeaba, aunque no tuviera su habitual mirada feroz y escrutadora.

Phindar era un mundo extraño. La gente vestía con sencillez, y el joven se dio cuenta de que llevaban ropas varias veces remendadas. Los carteles de las tiendas anunciaban «Hoy no hay nada» o «Cerrado hasta nuevo reparto». Los phindianos miraban a los carteles, suspiraban y proseguían su camino, llevando las cestas de la compra vacías. Ante las tiendas cerradas había muchas colas, como si los phindianos esperasen una pronta apertura.

Había androides asesinos por todas partes, sus juntas chasqueaban, sus cabezas rotaban. Por las calles sin pavimentar y llenas de barro circulaban brillantes deslizadores plateados sin prestar atención a las normas de tráfico o a los transeúntes que intentaban cruzarlas.

Entre la gente parecía dominar un sentimiento común y el aprendiz Jedi intentó identificarlo con la Fuerza. ¿Cuál era ese sentimiento?

—Miedo —comentó Qui-Gon en voz queda—. Está por todas partes.

Tres phindianos vestidos con plateadas túnicas metálicas aparecieron de pronto en la acera. Caminaban hombro con hombro, con el rostro tapado por oscuros visores que se

tragaban la luz del sol. Los demás phindianos se apartaron a toda prisa de la acera para pisar la embarrada calzada. Sorprendido, Obi-Wan dio un traspié. La gente se había movido con mucha rapidez, sin pensar, pisando el barro en una reacción nacida del hábito. Los phindianos vestidos de plata no titubearon, tomando posesión de la acera como si tuvieran ese derecho.

El Caballero Jedi tiró de la capa de su alumno y los dos dejaron enseguida la acera pavimentada para pisar la embarrada calzada. Los hombres cubiertos de plata pasaron desfilando junto a ellos.

Apenas pasaron, los demás phindianos volvieron a la acera pavimentada sin que mediase palabra alguna. Una vez más reanudaron el proceso de mirar en las tiendas y de apartarse de ellas en cuanto comprobaban que no había nada a la venta.

—¿Has notado algo raro en alguno de ellos? —murmuró Qui-Gon—. Mírales a la cara.

El joven Kenobi miró a los viandantes a la cara. Vio resignación y desesperación, pero no tardó en darse cuenta de que en algunos de esos rostros veía… nada. Había un extraño vacío en sus ojos.

—Hay algo que va mal aquí —comentó su Maestro en voz baja—. Es algo más que miedo.

De pronto, un gran deslizador dorado apareció por una esquina. Los phindianos de la calle corrieron a ponerse a salvo, mientras los que estaban en la acera se pegaban contra los edificios.

Obi-Wan sintió que el Lado Oscuro de la Fuerza envolvía al deslizador dorado. Qui-Gon le tocó suavemente en el hombro, incitándole a apartarse silenciosa y rápidamente. Se metieron en un callejón desde donde vieron pasar a la nave.

A los controles iba un conductor enteramente vestido de plata. En el asiento de atrás iban dos figuras. Vestían largas túnicas doradas. La mujer phindiana tenía hermosos ojos anaranjados con vetas del color de su túnica. El hombre que iba con ella era más alto que la mayoría de sus congéneres, y tenía los brazos largos y fuertes del pueblo de Phindar. Tampoco llevaba un visor espejado y sus pequeños y broncíneos ojos exploraban la calle con arrogancia.

Obi-Wan no necesitaba que una lección del Templo le dijera que debía prestar atención. Tenía todos los sentidos alerta. Su Maestro tenía razón. Algo iba muy mal en ese lugar. Hasta el último detalle de lo que había visto así se lo decía. Aquí actuaba la maldad.

El deslizador dorado dobló una esquina, casi atropellando a un niño que fue apartado frenéticamente por su madre. El aprendiz de Jedi miró incrédulo cómo se alejaba.

—Vamos, Obi-Wan —repuso el Caballero Jedi—. Vamos al mercado.

Cruzaron la calle hasta llegar a una gran plaza. Era un mercado al aire libre semejante a los que el joven había visto en Bandomeer y Coruscant. Se diferenciaba de ellos que si bien también había muchos puestos en él, no tenían nada a la venta. Apenas unas piezas metálicas inútiles o unos vegetales podridos.

Aun así, el mercado estaba abarrotado de gente yendo de un lado a otro. El muchacho no tenía ni idea de lo que podían estar comprando. Al otro lado de la plaza había un escaparate donde podía verse a un trabajador encendiendo su cartel luminoso. La palabra brilló roja: «Pan». De pronto, la masa de gente empezó a moverse y a empujar y a apresurarse hacia esa tienda. En pocos segundos se formó una cola que serpenteó por todo el perímetro de la plaza.

Los dos Jedi estuvieron a punto de separarse en medio de la confusión. Pero, entonces, una figura apareció de pronto junto a Qui-Gon.

—Me alegro de volver a ver a los Jedi —recalcó Piloto en tono placentero, como si estuviera hablando del buen tiempo—. Seguidme, por favor.

Capítulo 5

Qui-Gon desapareció tras Piloto. Su alumno les siguió, desconcertado, sin imaginar cómo había podido saber su Maestro que Piloto los encontraría o por qué se fiaba ahora de él para que les sirviera de guía.

El phindiano galopó entre serpenteantes callejas y estrechas calles laterales. Se movía con rapidez, mirando a menudo a derecha y a izquierda, o a los tejados de las casas, como si temiera que alguien les siguiera. El muchacho estuvo seguro de que habían pasado varias veces por el mismo sitio. Por fin, Piloto se detuvo ante un pequeño café con un escaparate tan salpicado de suciedad que Obi-Wan no conseguía atisbar el interior.

Piloto abrió la puerta y les hizo entrar. Los ojos del joven Kenobi necesitaron un momento para ajustarse al cambio de luz. Había unas cuantas halo-lámparas en las paredes, pero que apenas conseguían iluminar la penumbra. Media docena de mesas vacías estaban dispersas por el local. Una desvaída cortina verde colgaba de una puerta.

Piloto apartó la cortina y condujo a los Jedi por un pasillo, a través de una pequeña y abarrotada cocina hasta llegar a una sala más pequeña situada al fondo. Esa sala estaba vacía a excepción de un único cliente sentado dando la espalda a la pared, en el lado más alejado de la entrada.

El cliente se levantó y abrió sus largos brazos de phindiano.

—¡Obawan! —gritó.

¡Era Guerra, el amigo de Obi-Wan!

Los ojos anaranjados de Guerra se clavaron en Obi-Wan.

—¡Por fin has venido, amigo! ¡Cuánto me alegro de verte, y no es mentira!

—Yo también me alegro de verte, Guerra. Y me sorprende verte.

—¡Era una sorpresa, ja! Pero yo no he tenido nada que ver. ¡Qué va, es mentira! Creo que conoces a mi hermano Paxxi Derida.

Piloto les sonrió.

—Ha sido un honor haberos traído hasta aquí. Ha sido un buen viaje, ¿eh?

Qui-Gon enarcó una ceja y miró a su discípulo. Los dos alegres hermanos actuaban como si los Jedi hubieran aceptado una invitación para una visita amistosa, cuando en realidad les habían secuestrado, disparado y abandonado.

El Caballero Jedi se colocó en el centro de la habitación.

—Así que Piloto soltó deliberadamente ese combustible, ¿verdad?

—Llámame Paxxi, por favor, Jedi-Gon —repuso con amabilidad—. Claro que solté el combustible. No esperábamos que dijerais que sí a un viaje a Phindar.

—¿Tú sabías todo esto? —le preguntó Obi-Wan a Guerra.

—No, yo no estaba al tanto —respondió éste con gesto serio.

—¡Qué va, es mentira, hermano! —dijo Paxxi, clavándole un codo en las costillas.

—¡Es verdad, es mentira! —manifestó Guerra—. Yo iba en la nave, escondido en la bodega de carga. Al escapar de la plataforma minera, algunos querían llevarme de vuelta a las minas, pero yo sentía nostalgia de Phindar. ¡Así que aquí estoy!

—¿Y por qué te escondes? Eres nativo de Phindar, ¿por qué no te limitaste a aterrizar?

—Buena pregunta, muy inteligente, Obawan —dijo con seriedad Guerra—. En primer lugar, porque hay un bloqueo. Y, en segundo, porque los criminales no son bienvenidos, aunque sean nativos.

—¿Eres un criminal? —preguntó el muchacho sin poder creerlo.

—Oh, sí, pero muy poco importante.

—¡Qué va, hermano! ¡Han puesto precio a tu cabeza! —cloqueó Paxxi—. ¡Igual que a la mía! ¡Los androides asesinos tienen órdenes de disparar nada más vernos!

—¡Es verdad, hermano! ¡Vuelves a tener razón, por primera vez!

—¿Quién ha puesto precio a tu cabeza? —preguntó Qui-Gon. Obi-Wan pudo ver que los hermanos Derida le irritaban tanto como le divertían—. ¿Y por qué?

—Fue el Sindicato —contestó Guerra, dejando que su amistoso rostro se tiñera de gravedad—. Una gran organización criminal que tiene el control de Phindar. Las cosas están muy mal aquí, Jedi. Seguro que lo has notado, incluso en el breve tiempo que llevas aquí. Ha impuesto un bloqueo. Nadie puede irse, nadie puede aterrizar. Pero creímos que ni siquiera el Sindicato atacaría a dos Jedi en apuros. Que os dejarían aterrizar, cargar combustible y volver a despegar. Mi hermano y yo aprovecharíamos entonces para bajar y quedarnos en Phindar. ¡Era un plan muy sencillo! ¡Y muy inteligente! Pero, qué va. No pasó así…

—No, no pasó así —comentó Obi-Wan—. Primero fuimos atacados por androides asesinos, y ahora estamos atascados en Phindar sin manera de escapar.

—¡Ah, pero yo ya he pensado en eso! Es cierto, parece que estáis atascados aquí. Pero, aunque el principal espaciopuerto está controlado por el Sindicato, siempre hay maneras de sacar a la gente del planeta, si se tiene suficiente dinero.

—Somos Jedi —repuso impaciente el joven Kenobi—. No tenemos mucho dinero. Eso deberías pagarlo tú, ya que si estamos atrapados aquí es por tu culpa.

—¡Es verdad, Obawan! ¡Debemos pagar nosotros! ¿Has oído eso, Paxxi? —preguntó divertido Guerra.

Su hermano y él se agarraron por los hombros y rieron sonoramente el uno en la cara del otro. Cuando dejaron de reír, Guerra se enjugó las lágrimas de los ojos.

—Qué buen chiste, Obawan. Muy gracioso. No tenemos dinero. Pero no te preocupes, por favor. Tenemos una manera de *conseguir* dinero. Mucho dinero. Y podremos hacerlo con facilidad. Bueno, no con mucha facilidad… igual se necesita algo de ayuda de los Jedi.

—Ah. Por fin llegamos a la verdad —dijo Qui-Gon en tono alegre, clavando su penetrante mirada azulada en el phindiano—. ¿Por qué no nos dices cuál es el verdadero motivo por el que nos habéis traído aquí… y por qué quieres que nos quedemos?

Capítulo 6

Guerra sonrió a Qui-Gon.

—Espera, amigo. Pareces insinuar que te engañamos, ¿eh? ¿Yo? ¿Engañar a mi amigo Obawan? ¿Cómo voy a hacer algo así?

Qui-Gon esperó.

—Oh, vaya, igual sí que lo hice. ¡Pero fue con un buen motivo!

—¿Cuál es ese motivo, Guerra? —preguntó Obi-Wan—. Y esta vez dinos toda la verdad.

—Yo siempre le digo toda la verdad a Obawan. No, que va. Pero ahora lo haré por vosotros, hombres Jedi de honor. ¿Por dónde podría empezar?

—¿Por qué no nos dices por qué hay una sentencia de muerte a tu nombre? —sugirió el Caballero Jedi—. Parece buen sitio por donde empezar.

—¡Cierto, lo es! Bueno, supongo que el Sindicato me considera un ladrón. Y también otros.

—¡No eres un ladrón, hermano! —le interrumpió Paxxi—. ¡Eres un luchador por la libertad que roba!

—Cierto; gracias, hermano. Eso es lo que soy. Igual que mi hermano. El Sindicato lo controla todo. Comida y materiales, y medicinas y combustible, todo lo que necesita un phindiano para sobrevivir. Por supuesto, en situaciones así, uno debe buscar otros sistemas, no controlados por el Sindicato, de comprar y vender cosas.

—Un mercado negro —sugirió Qui-Gon.

—Sí, eso es, puedes llamarlo así, mercado negro. Robamos un poco aquí, vendemos un poco allí. ¡Pero todo por el bien del pueblo!

—Y en beneficio propio —añadió el Jedi.

—Eso también, sí —repuso Paxxi—. ¿Acaso debemos sufrir más de lo que ya sufrimos? Pero eso al Sindicato no le gusta nada. Si robamos, debemos robar para ellos. Y nos negamos a eso.

—¿Por qué debemos usar nuestro talento para una banda de ladrones? —preguntó Guerra, golpeando la mesa—. Es cierto que nosotros también somos ladrones. ¡Pero somos ladrones honrados!

—¡Así es, hermano! Y no somos asesinos ni dictadores.

—¡Así es, hermano! Por eso debemos liberar a nuestro amado planeta de las garras de esos monstruos. El jefe del Sindicato es Baftu, un gángster sin conciencia. ¡Disfruta haciendo sufrir a la gente! —Sus ojos anaranjados se entristecieron—. Y siento decir que su ayudante Terra no es mucho mejor que él. Su corazón es negro y frío, pese a su belleza.

—Deben ser los phindianos que vimos en el deslizador dorado —dijo Obi-Wan.

—¿Llevaban túnicas doradas? Entonces son ellos.

Guerra y Paxxi intercambiaron una mirada de tristeza. Negaron con la cabeza, sin un atisbo de su alegría habitual.

—¿Qué pasa con la gente que vimos en la calle? —preguntó Qui-Gon—. La del rostro ausente.

Los hermanos intercambiaron otra mirada de tristeza, y Guerra profirió un suspiro.

—Los renovados —dijo con suavidad—. Es muy triste.

—Sí —admitió Paxxi.

—Es el control definitivo —se explicó Guerra—. ¿Sabéis lo que es un borrado de memoria?

—Se usa para reprogramar androides —comentó Obi-Wan—. Elimina todo rastro de su memoria y su entrenamiento para así poderlos reprogramar.

—Pues han desarrollado un aparato que puede hacerle eso a cualquier phindiano que consideren un enemigo o un agitador. Borran la memoria de una persona y después los llevan a otro mundo, a algún lugar terrible. La persona no tiene recuerdos de quién fue o de lo que puede hacer. Es un juego para los hombres del Sindicato, que apuestan por cuánto tiempo podrá sobrevivir. Una sonda androide los sigue continuamente, retransmitiendo holoimágenes de lo que sucede. La mayoría de ellos no sobrevive.

Qui-Gon estaba inexpresivo. Obi-Wan le había visto antes así, esa mirada revelaba lo profundamente ultrajado que se sentía su Maestro ante la injusticia y la crueldad cometidos.

—A algunos no se les envía fuera del planeta —dijo Paxxi en voz queda—. Y puede que eso sea aún más triste. Phindar está lleno de personas sin raíces que no recuerdan a sus familias, a sus seres queridos, o las cosas que una vez pudieron hacer. Están indefensas. Phindar está llena de gente que se cruza por la calle con padres, esposas, hijos, sin reconocerlos.

—Como veis, el Sindicato no se detiene ante nada —continuó Guerra—. Y eso nos lleva a la manera en que podéis ayudarnos.

—Siempre que los sabios Jedi sean tan amables de hacerlo.

—Ya has visto los carteles en las tiendas y el mercado —prosiguió Guerra—. El Sindicato controla todos los suministros. Hacer que escasee algo es la manera que tiene de controlar a la gente, tal y como la renovación les permite controlarles la mente. No hay ninguna necesidad de racionar los suministros. Pero la gente no tiene tiempo de rebelarse cuando se pasa todo el día haciendo cola para poder alimentar a su familia. ¿Y puede hacer alguna vez suministros de sobra? Qué va. Los reparten con tanto cuidado que la gente debe volver al día siguiente para volver a hacer cola.

—El Sindicato tiene guardado en almacenes todo lo que se supone que escasea —repuso Paxxi—. Comida, suministros médicos, material de construcción, lo que se te ocurra. Y todo ello lo tienen oculto en grandes almacenes. Lo sabemos.

—Y una parte la tienen escondida en los hangares que tienen aquí, bajo su cuartel general en Laressa —dijo Guerra—. ¿Comprendes ahora nuestro plan? Si podemos sacar los suministros de ahí, podremos demostrar a la gente que el Sindicato les ha privado de comida y de suministros médicos. ¡El pueblo reaccionaría y se alzaría en una revuelta! Sólo necesitamos tu ayuda. En la plataforma minera pude ver cómo era el control mental

de los Jedi. Obawan convenció a los guardias para que le dejaran entrar en el lugar. ¡Podéis hacer aquí lo mismo!

—Un momento —repuso Qui-Gon con frialdad—. En primer lugar, los Caballeros Jedi no son ladrones. En segundo lugar, ya tenemos una misión propia por cumplir. No estamos aquí para interferir en los problemas de otro planeta. Pero, aunque sólo sea por continuar conversando, ¿cómo pensáis sacar sin lucha todas esas mercancías del edificio? ¿Y por qué creéis que eso afectaría en algo a una organización criminal tan poderosa? Seguro que el Sindicato dispone de enormes sumas a su disposición. ¿Por qué iba a cambiar nada que le vaciáramos un almacén?

—¡Aja! Muy bien, Jedi-Gon. ¡Eres muy listo, tanto como Obawan! —exclamó Guerra, dando a Qui-Gon un codazo amistoso en el hombro—. Vamos a discutirlo. Lo primero es decirte que el almacén debe tener dos entradas. ¿Cómo, si no, iban a entrar y sacar las mercancías sin que les vieran? Así que sólo debemos entrar en el cuartel general, localizar la otra entrada ¡y el resto será cosa fácil! ¡Nos lo llevaremos todo!

—No tan fácil —comentó el Jedi.

—Pero vale la pena correr el riesgo, creo. Hay otra cosa que debo dejar clara… Paxxi y yo sabemos que, en el lugar donde tienen la comida, las medicinas y las armas, también hay una bóveda de seguridad. ¡Allí guardan el tesoro del Sindicato!

—Una bóveda —repitió Qui-Gon. Eso implica mucha seguridad.

—¡Sí! ¿Verdad? —concedió Guerra feliz—. ¡Pero Paxxi y yo tenemos la llave!

—¿Cómo conseguisteis una llave?

—¡Ja! ¡Pregunta cómo! —le dijo Guerra a Paxxi.

—¡Ja! —asintió éste—. ¡Es una larga historia!

—También tenemos una forma de entrar en el edificio. ¿Lo ves? Es fácil. ¿Qué? ¿Venís?

—A ver si me he enterado bien —interrumpió incrédulo el Caballero—. ¿Quieres que dos Jedi ayuden a dos ladrones comunes a robarle un tesoro a un montón de gángsteres?

Obi-Wan estaba callado. Estaba de acuerdo con su Maestro. No era una misión propia de un Jedi. Yoda no lo aprobaría nunca. Y se alegraba de que Qui-Gon hubiera manifestado esa objeción por muy bien que le cayese el phindiano.

—¡Sí, justo! —dijo éste, todavía alegre ante la irritación de Qui-Gon.

—Espera, hermano, debemos explicarnos mejor —repuso Paxxi—. Debemos asegurar al Jedi que estamos más interesados en liberar a nuestro pueblo que en robar tesoros.

—¡Pues, claro! Aunque debo decir que nunca viene mal conseguir un pequeño tesoro…

Y se interrumpió por la conmoción que se oía procedente del café. Paxxi salió del cuarto con rapidez para investigarlo. Momentos después estaba de vuelta.

—Lo siento mucho —anunció—. ¡Me temo que es hora de irse! ¡Hay muchos androides buscándonos!

Capítulo 7

Qui-Gon se puso en pie de un salto. No tenía ninguna gana de volver a enfrentarse con esas letales máquinas de muerte.

—¿Hay puerta de atrás?

—Mejor que eso, Jedi-Gon —respondió Guerra—. Seguidme, por favor.

El phindiano se acercó a la chimenea. Presionó algo que el Jedi no pudo ver y la pared se desplazó mostrando una abertura.

Oyeron que algo se rompía en el café.

—Es momento de correr, creo —comentó Guerra alegre—. Tú primero, Paxxi. Muestra el camino a Obawan.

Paxxi entró en la abertura, y los dos Jedi le siguieron. El último en entrar fue Guerra, el cual cerró la abertura tras de sí. Los ascendentes escalones eran de piedra, con una depresión en el centro por la presión de cientos de años de pisadas. Paxxi se movía con rapidez, con Obi-Wan pisándole los talones. Al llegar a lo alto de las escaleras empujó una rejilla y los dos desaparecieron de la vista.

Qui-Gon le imitó y salió para descubrir que estaban en el tejado de la casa, tal y como había supuesto. La salida de la escalera secreta estaba disimulada como si fuera una rejilla parte del sistema de ventilación. Guerra volvió a poner la reja en su sitio.

El Caballero Jedi se acercó al borde del tejado y se puso de rodillas. A continuación se tumbó y se arrastró unos centímetros para mirar por el borde.

La calle estaba llena de androides asesinos que la patrullaban con sus movimientos espasmódicos. Los dirigían los plateados guardias del Sindicato, armados con pistolas láser. Los androides entraban por enjambres en una tienda tras otra, en un negocio tras otro, y a medida que se desplazaban arrojaban a la calle sillas, mesas, estantes y objetos personales. Parecían una tribu de insectos limpiando la zona. Cualquier phindiano que tuviera la desgracia de encontrarse en ese momento en la calle echaba a correr antes de que androides o guardias pudieran golpearlo con la culata de una pistola láser o atacarlo con una pica de fuerza.

—No parece que registren buscando algo concreto —le dijo Qui-Gon en voz baja a Guerra, que se había tumbado a su lado—. Más bien parece que sólo quieren propagar el terror.

—¡Sí, así es, Jedi-Gon! —concedió el otro nervioso—. Y su plan está funcionando.

El Jedi se tensó un momento.

—Pasos —dijo al oído del phindiano—. Vienen del otro lado de la escalera.

—Momento de irse —dijo Guerra, levantándose y desapareciendo de la vista.

Hicieron un gesto a Obi-Wan y a Paxxi para que se movieran en silencio. Los hermanos se columpiaron hasta el siguiente tejado empleando sus largos y poderosos brazos. La separación entre los dos tejados era amplia. Si el joven Kenobi no podía dar el salto solo, Qui-Gon debería cargar con él.

Le hizo la pregunta en silencio. ¿Podrás conseguirlo? Su alumno asintió al instante. Una vez más, el Maestro Jedi se sintió impresionado ante los aguzados instintos de su padawan. Siempre parecía saber lo que se requería de él.

El muchacho titubeó sólo una fracción de segundo. Qui-Gon notó cómo la Fuerza rodeaba a su discípulo, antes de echar a correr hasta el borde del tejado con rápidas zancadas y dar el salto. La Fuerza y la energía natural de Obi-Wan le propulsaron sano y salvo hasta el otro lado.

Qui-Gon le siguió. El valor de su aprendiz siempre acababa impresionándolo, igual que sus instintos.

Los hermanos Derida ya iban a medio camino del segundo tejado, usando sus largos brazos para darse impulso, y aumentando la velocidad de su carrera. Guerra miró hacia atrás para asegurarse de que los Jedi les seguían.

Maestro y discípulo les alcanzaron, y los cuatro saltaron al siguiente tejado. Sobre este tejado había otra estructura: un pequeño generador. Corrieron hasta ella para ocultarse detrás, parando un momento, escuchando, rogando por que sus perseguidores no les hubieran seguido.

Pero oyeron que algo saltaba al tejado. Aún no podían ver a su perseguidor, pero les estaba ganando terreno. Paxxi emitió un gruñido. Se movieron silenciosa y rápidamente hasta el borde del tejado. Guerra llegó el primero, se agarró al borde y acomodó los dedos para darse impulso en el salto.

De pronto, apareció una mano que le cogió por el cuello. Profirió un sonido de estrangulamiento y Qui-Gon dio media vuelta, dispuesto a atacar a la mujer phindiana que sujetaba a su aliado.

—¡Soy yo, Guerra! ¡Kaadi! —dijo la mujer.

—K-K-aaa… —respondió Guerra.

—Oh, lo siento mucho —repuso ella, apartando su mano del cuello—. Sólo quería cogerte. ¡Corréis muy deprisa!

—¡No lo bastante, ya veo! —dijo Paxxi con alegría—. ¡Por suerte para todos! Te habríamos perdido, Kaadi.

Guerra, Paxxi y Kaadi entrelazaron los largos brazos en un abrazo phindiano, apretando tres veces para demostrarse gran cariño. Se acercaron las caras y se sonrieron durante un largo momento.

Guerra se volvió al Jedi mientras se frotaba el cuello.

—Buenos amigos nuestros Jedi-Gon y Obawan, ésta es Kaadi, también buena amiga.

—Qui-Gon y Obi-Wan —corrigió el primero.

—Es lo que he dicho —asintió Guerra—. El padre de Kaadi es el dueño del café donde casi nos capturan. Hace mucho que sirve de lugar de encuentro para los rebeldes. Ella también lucha contra el Sindicato.

Kaadi sonrió. Era una hembra pequeña, con el pelo negro azabache y ojos amarillos con vetas verdes.

—Yo trabajo de transportista. ¿Necesitáis alguna pieza para un deslizador? ¿Una batería energética, quizá?

—No, gracias —dijo Qui-Gon educadamente. Le daba la impresión de que en este planeta estaba constantemente rodeado de ladrones.

—¿Hay alguna noticia de tu buen padre Nuuta? —preguntó Paxxi, agachando la cabeza para poder mirarla a los ojos.

La sonrisa desapareció del rostro de Kaadi, y ella negó con la cabeza.

—Pero sabremos si deja de existir, supongo. Tendremos noticias de ello.

Guerra y Paxxi guardaron un momento de silencio. Los dos alargaron un brazo para rodear el esbelto cuerpo de Kaadi.

—Su padre es uno de los renovados —explicó Guerra a los dos Jedi—. Lo enviaron a Alba.

El Caballero asintió comprensivo. Alba era un mundo que estaba padeciendo una sangrienta y caótica guerra civil.

Ella le miró con sus claros ojos amarillo-verdosos.

—Sí, es mal lugar. Pero ser phindiano significa tener esperanzas.

—Sí. Nunca se debe perder la esperanza —asintió el Jedi.

—Pero dejad que os diga por qué he venido. Debía decirle a los hermanos Derida que os habían localizado. El Sindicato conoce vuestro regreso. Han redoblado los esfuerzos para capturaros.

—No tenemos miedo —dijo Guerra—. ¡Qué va, es mentira!

—¿Quieres decir que toda esa actividad de abajo es por Guerra y Paxxi? —preguntó Qui-Gon.

Kaadi negó con la cabeza.

—No sólo por ellos. También buscan a los Jedi y a cualquier sospechoso de ser un rebelde. Terra y Baftu están haciendo detenciones en masa. Esperan una visita importante y quieren asegurarse de que no haya problemas. Han proclamado que cualquier acto de sabotaje o alteración del orden será castigado con la muerte o la renovación. Y que bastará con que sea *sospechoso*.

—¿Quién va a llegar? —preguntó el Caballero Jedi.

—El príncipe Beju del planeta Gala —respondió Kaadi.

Maestro y discípulo se miraron.

—Nuestros espías dicen que pretenden formar una alianza. El Sindicato piensa financiar al príncipe para que pueda recuperar el control de su planeta. El príncipe ya ha creado una falsa escasez de bacta en su planeta.

—Eso es horrible —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon tuvo que estar de acuerdo. El bacta era un milagro médico que curaba hasta la más grave de las heridas.

—Los enfermos de Gala sufrirán innecesariamente —comentó.

—Sí… el príncipe carece de conciencia. Es como Baftu y Terra —dijo Kaadi, presionando a continuación la mano de Guerra por un momento—. Siento tener que decir

esto. El príncipe piensa volver a Gala con el bacta que le proporcione Phindar. Así se convertirá en un héroe para su pueblo, y será entonces cuando el Sindicato llegue a su planeta. Controlará Gala como ya controla Phindar. Ése es su plan.

—Y después se apoderarán del resto del sistema solar, planeta a planeta, ¿eh? —comentó Guerra en voz baja—. Haciendo que escasee aquello que necesita la gente, borrando sus recuerdos y usando androides asesinos que matarán a cualquier oposición que no sea renovada. —Parpadeó mirando a Qui-Gon—. Hemos visto lo deprisa que funciona ese método.

Era un plan cruel y meditado. El Caballero Jedi sabía que el phindiano tenía razón al decir que Gala sólo sería el primer paso.

Había procurado no comprometerse con los planes de los hermanos Derida, pero estaba viendo que había mucho más en juego de lo que suponía. Si conseguían acabar con el control del Sindicato sobre Phindar, su misión en Gala les resultaría mucho más sencilla. Obi-Wan y él estaban encargados de que las elecciones allí fueran libres, y honestas.

Pero no era sólo eso. Sentía que le embargaba una profunda ira. Le había conmovido la valentía de Kaadi ante la situación de su padre. Incluso Guerra y Paxxi le habían conmovido. Bajo ese comportamiento de payasos había un profundo sufrimiento. Lo notaba. La Fuerza resonaba en esos hermanos con fuerza y pureza. No sabía si podría confiar completamente en ellos, pero sí sabía que se merecían su ayuda.

A veces es el destino quien te encuentra a ti, recordó el Jedi.

—Os ayudaremos —dijo a los hermanos Derida, alzando una mano para callarlos antes de que pudieran decir nada—. Pero debéis prometerme una cosa.

—Lo que sea, Jedi-Gon —juró Guerra.

—Me contaréis siempre toda la verdad —ordenó con gesto severo—. No me ocultaréis información, ni la disimularéis, ni la retorceréis. Obedeceréis la regla Jedi de decir siempre la verdad de forma clara y veraz.

—¡Sí, así será, Jedi-Gon! —se apresuró a decir Guerra mientras Paxxi asentía enérgicamente—. ¡Por las cien lunas que no volveré a mentiros!

—Olvida las cien lunas y haced lo que os digo.

Obi-Wan dirigió una mirada inquisitiva a su Maestro. Éste se dio cuenta de que el muchacho no comprendía su decisión. Todavía interpretaba las reglas de manera demasiado estricta. Aun así, el muchacho acataría su decisión.

—Será mejor actuar con rapidez —dijo Guerra—. Esta misma noche entraremos en el cuartel general del Sindicato.

Kaadi palideció.

—¿Entrar en el cuartel general teniendo la cabeza puesta a precio? ¿A quién se le ha ocurrido eso?

—A mí —dijeron los dos hermanos al unísono.

—Un plan muy valiente, ¿eh? —preguntó Paxxi.

—Puede que valiente. Y puede que loco.

—Ya veremos si es valiente o si es loco —dijo Guerra sin preocuparse—. ¿Qué puede salir mal yendo con verdaderos Jedi?

Qui-Gon clavó en los hermanos Derida una mirada de cansina exasperación.

—Estoy seguro de que esta noche lo descubriremos.

Capítulo 8

El cuartel general del Sindicato estaba en una mansión en tiempos majestuosa pero ya medio derruida, aunque con un fuerte sistema de seguridad. Para poder entrar en el complejo había que atravesar unas enormes puertas, y todas las puertas y ventanas estaban cubiertas por rayos láser de seguridad.

—Sólo tendréis que hacernos pasar ante dos guardias —le susurró Guerra a Qui-Gon—. Nosotros haremos el resto.

El Caballero odiaba tener que depender de la honestidad de Guerra, pero ya había ido demasiado lejos para retroceder. Asintió con la cabeza.

Los hermanos guiaron a los Jedi alrededor del complejo hasta una entrada en la parte de atrás. Ante ella se encontraba un guardia con la acostumbrada túnica plateada, el visor oscuro y la mano en un rifle láser que llevaba en una cartuchera que le cruzaba el pecho.

No había más remedio que ir directamente hacia él.

—Buenas tardes —dijo Qui-Gon—. Tenemos una cita.

El guardia movió la cabeza para fijarse en los dos Jedi y los dos phindianos. Éstos no podían verle los ojos.

—Sigue tu camino, gusano.

El Caballero Jedi llamó a la Fuerza. Rodeó al hombre del Sindicato con su propia voluntad.

—Por supuesto, podemos entrar —dijo.

—Por supuesto, pueden entrar —repitió el guardia, bajando el láser.

—¡Lo ves, hermano Paxxi! —exclamó Guerra exultante—. Los Jedi son poderosos. ¡No era mentira!

—Ya lo veo, hermano Guerra. ¡Es verdad!

Cruzaron a paso vivo un pequeño patio lleno de deslizadores plateados, de motojets y unos cuantos gravitrineos. Había otro guardia ante una amplia escalera de piedra que conducía a la parte trasera de la mansión.

Éste avanzó hacia ellos alzando el láser.

—¿Quiénes sois y qué os trae por aquí? —les preguntó retador.

Qui-Gon volvió a usar la Fuerza. Con guardias como éstos era fácil dominar sus pequeñas mentes. Estaban acostumbrados a obedecer órdenes y rara vez pensaban por su cuenta.

—Somos bienvenidos a echar un vistazo —dijo.

—Sois bienvenidos a echar un vistazo —repitió monótonamente el guardia, bajando el rifle láser.

Pasaron por su lado y subieron las escaleras. Los rayos láser de seguridad trazaban una cuadrícula en el umbral.

—Te toca a ti —le dijo el Caballero Jedi a Guerra.

—Ah, yo no hago nada —repuso éste—. Ya lo verás.

Un segundo después, los rayos se desconectaron y se abría la puerta. Ante ellos estaba una anciana phindiana de pelo negro veteado de plata. Llevaba la larga túnica plateada del Sindicato. Qui-Gon se tensó, pero ella les hizo gestos para que entrasen.

—Deprisa —les dijo.

Entraron a una gran sala de paredes forradas de brillante piedra verde. Sus pies pisaron costosas y mullidas alfombras que cubrían el suelo. De las ventanas colgaban relucientes tapices.

—Todo saqueado a nuestros ciudadanos —murmuró Guerra.

La mujer les condujo por un pasillo que debía estar construido para androides o sirvientes, pues era estrecho y el suelo de apagada piedra gris. Un largo mueble con varios estantes y ganchos sostenía varias armas: láseres, picas de fuerza y vibrocuchillos.

—Para que los guardias puedan cogerlas cuando salen a la calle —explicó Paxxi—. Siempre van bien armados.

—¡Sí, así es, más armas con las que poder dispararnos! —dijo Guerra alegremente.

—Por aquí —dijo la anciana guiándolos hasta una puerta estrecha—. Ahora no hay seguridad abajo, pero debéis daros prisa. Yo debo irme.

Y se fue pasillo abajo, antes de que ninguno pudiera darle las gracias.

—Le gusta su trabajo —dijo Guerra, mirando cómo se iba—. No ve el momento de volver a él. Qué va, es mentira. Su túnica plateada lleva un rastreador incorporado en la tela. La controlan constantemente. Si Duenna pasase demasiado tiempo donde no debe, los androides asesinos saldrían en su busca para pedirle educadamente que vuelva a su puesto. ¡Qué va, es mentira! La matarían allí mismo.

Paxxi abrió la puerta. Al otro lado había una escalera de piedra que descendía al nivel inferior, y entró por ella seguido por los demás. Llegaron a una gran sala vacía.

—El primer almacén —dijo—. Y está vacío. ¿Es extraño o no es extraño?

—Lo es —contestó su hermano, cruzando el umbral que conducía a una sala contigua.

También estaba vacía. Los hermanos corrieron de sala vacía en sala vacía, a lo largo de toda la planta dedicada a almacenaje.

—Ha desaparecido todo —dijo Paxxi.

—Sí, así es —concedió su hermano con tristeza.

—¿Habéis arriesgado nuestras vidas por esto? —preguntó Obi-Wan incrédulo.

El Maestro estaba tan irritado como el aprendiz, pero intentaba mantener la calma.

—¿No comprobasteis antes la información? ¿No pudo traicionaros vuestra espía?

—¡Qué va, Jedi-Gon! —gritó Guerra, exaltado—. ¡Duenna está de nuestro lado!

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Qui-Gon—. Es igual. Hay que salir de aquí.

De pronto oyeron un sonido chirriante. El Jedi inclinó la cabeza. Conocía ese ruido, pero había algo en él que le resultaba extraño. No esperaba oírlo en un interior.

—Deslizadores —dijo Obi-Wan.

Por una esquina apareció de pronto un pequeño deslizador conducido por un guardia del Sindicato. Tras él aparecieron tres más, todos tripulados por guardias, y llevando cada uno un androide asesino detrás. El primero maniobró su máquina voladora para que Paxxi ofreciera un blanco mejor.

—¡Moveos! —gritó Qui-Gon.

Usó la Fuerza para empujar a Paxxi hacia atrás. Cuando chocó contra la pared, el disparo del láser le falló por sólo unos milímetros.

Obi-Wan sacó el sable láser con un movimiento tan rápido que apenas fue algo más que un borrón de pulsante luz. Atacó al guardia, pero sólo consiguió cortarle la mano al androide que llevaba detrás. Qui-Gon saltó hacia adelante, pero la nave aceleró, casi derribándolo de paso, por lo que sólo pudo propinar un golpe de costado al guardia.

De pronto, de la pared brotó un estrecho rayo de luz roja en dirección a Guerra. Éste lo vio y empezó a moverse. El Caballero Jedi también vio el rayo y usó la Fuerza para hacer saltar a Guerra por encima del rayo justo a tiempo.

—¡Rayos disruptores! —le gritó el Maestro a su discípulo.

Era un arma que había sido prohibida en la mayoría de los mundos. Proyectaba una descarga de energía capaz de cortar a una persona en dos.

Obi-Wan cargó contra el deslizador que iba a por él y golpeó al conductor en el cuello con el sable láser. El conductor lanzó un grito y perdió el control de la nave, la cual se estrelló contra la pared, dejándole inconsciente. De la pared brotaron de pronto más rayos disruptores que alcanzaron al androide; los controles de su mano derecha humearon y chisporrotearon. El androide cayó al suelo, pero intentó levantarse empleando los controles del lado izquierdo. Mientras tanto, el rayo se desplazó hacia el joven Kenobi, que lo esquivó saltando por encima de él y dando una voltereta en el aire que le permitió aterrizar sano y salvo junto a su Maestro.

—Algunos de esos rayos se activan con el movimiento —dijo Qui-Gon secamente—. Pero la mayoría deben estar activados de forma permanente. Evítalos cueste lo que cueste. Usa la Fuerza, padawan.

Qui-Gon se volvió y le cortó la cabeza al androide asesino del deslizador estrellado. A continuación saltó hacia adelante, lanzándose contra el siguiente vehículo. Propinó un centelleante golpe al guardia cuando éste pasó por su lado y saltó por encima de un rayo disruptor.

Los rayos que quedaban serían fáciles de esquivar, si no les empujaban hacia ellos. Más difícil resultaba el predecir cuándo se dispararían los rayos accionados por movimiento. Qui-Gon dejó que la Fuerza le rodeara, le inundara, le llenara de energía. La envió al encuentro de la de su discípulo para que así se multiplicase llenando la sala.

Paxxi era perseguido por un deslizador, al cual esquivó con un salto, usando los brazos para propulsarse. El Caballero Jedi sabía que los hermanos no tenían armas, así que saltó hacia el vehículo, contorsionando el cuerpo para evitar de paso un rayo disruptor. Obi-Wan se desplazaba ya hacia la izquierda de la nave, para poder rodearla en un movimiento de pinza e inutilizarla con los sables láser. El guardia se tambaleó hacia

atrás a consecuencia de los golpes, y cayó fuera de la nave arrastrando consigo al androide que le acompañaba. Qui-Gon sintió que le disparaban desde su derecha, pero ya estaba saltando a la izquierda, y dando media vuelta para propinar a su contrincante el golpe final.

Los hombres de los dos deslizadores que quedaban eran mucho más rápidos y obligaron a los Jedi a correr hasta la siguiente sala. Dado que los techos eran muy altos, los conductores del Sindicato podían evitar fácilmente los rayos disruptores volando a mayor altura, precipitándose desde ahí para embestir a sus contrincantes.

Los acosaban constantemente. Era como un juego para ellos. Se reían mientras embestían a los Jedi, obligándolos a saltar para apartarse.

Maestro y aprendiz desarrollaron una estrategia nacida de la desesperación: correr, girar, luchar, marcha atrás y vuelta a correr. Los rayos disruptores siseaban a su alrededor. Uno de ellos alcanzó al sable láser de Qui-Gon y éste notó el impacto en un latigazo de dolor que le recorrió todo el brazo.

Los guardias sin rostro estaban decididos a acabar con ellos y los androides asesinos mantenían constante su fuego láser. El blindaje de la túnica había protegido hasta ese momento a los hombres del Sindicato. Qui-Gon empezó a desviar los disparos láser de los androides contra cualquier parte expuesta de los hombres, como el cuello, las muñecas o los pies. Obi-Wan hizo lo mismo.

El Caballero Jedi pudo ver que su joven discípulo se estaba cansando. Él mismo sentía las piernas doloridas por el constante correr y saltar para evitar disruptores y láseres. No podrían aguantar mucho más. Empezaba a darse cuenta de que las salas formaban una especie de laberinto. Intentó mantener la concentración. Dudaba que pudiera recordar cómo llegar a la salida. Habían perdido por completo a Paxxi y a Guerra. Esperaba que hubieran encontrado un lugar donde esconderse.

Finalmente llegaron a una sala donde los disruptores eran más abundantes y se entrecruzaban por todos lados formando una espesa red. A los Jedi les sería imposible evadirlos.

Ya tenían detrás el zumbido de los dos deslizadores y en cualquier momento llegarían a la habitación. Qui-Gon retrocedió unos pasos, alejándose del umbral de la sala hasta casi llegar a la esquina de la misma. Indicó a su discípulo que hiciera lo mismo en la otra esquina, y éste asintió con gravedad a su Maestro, haciéndole saber que adivinaba el plan desesperado que se había trazado.

Tendrían que calcular la velocidad y la altura exacta a la que se desplazaban los vehículos, y un segundo antes de que aparecieran. Entonces echarían a correr, usando su impulso y el poder de la Fuerza para poder saltar en el aire. Atacarían al primero que apareciera, chocando con él en pleno aire, esperando desalojar así tanto al piloto como al androide. Después tendrían que aterrizar sanos y salvos.

No había tiempo para repasar el plan, y Qui-Gon esperaba que su aprendiz pudiera seguirle.

El zumbido del deslizador se acercó más. El Caballero Jedi inició la carga, y su alumno lo hizo casi en el mismo momento. Acumularon velocidad al correr por la enorme habitación y saltaron dejando el suelo en el mismo instante en que entraba el vehículo.

Qui-Gon pudo ver la cara sorprendida del hombre del Sindicato justo antes de acertarlo de lleno en el pecho. El hombre salió volando y el Jedi consiguió golpearle en el cuello con el sable láser en su caída. El androide asesino sólo tuvo tiempo de disparar una descarga rápida antes de que Obi-Wan le alcanzara, con los pies por delante, y le hiciera volar por los aires.

La fuerza de su salto los mantuvo en el aire. Obi-Wan dio una voltereta antes de aterrizar.

Entonces entró en la sala la segunda nave, que chocó con la primera. El encontronazo envió por los aires al segundo guardia y al androide. Los dos deslizadores continuaron su camino y acabaron por ser alcanzados por un rayo disruptor proveniente del otro lado de la sala, y que les hizo dar vueltas sin control. El lugar tembló cuando se estrellaron contra la pared.

De pronto, una parte de la enorme pared se desplazó con un gemido, revelando una abertura en la misma. Los rayos disruptores chisporrotearon y se apagaron.

Los guardias del Sindicato se quedaron tan sorprendidos como los Jedi. Los únicos que se movieron fueron los androides, que estaban dañados pero no destruidos. Uno había perdido un brazo, otro parte del panel de control. Sus láseres seguían operativos. Los disparos fallaron a los Jedi por un margen tan escaso que sonaron como susurros en sus oídos.

La Fuerza indicó a Maestro y discípulo que saltasen, y así lo hicieron, dando una voltereta sobre los guardias para atacar primero a los androides. Qui-Gon partió a uno por la mitad, dejándolo inutilizado. Obi-Wan buscó el panel de control del otro, convirtiéndolo en un montón de chatarra con un golpe de su sable láser.

Los hombres del Sindicato, que ya se habían recobrado de la sorpresa de verse derribados de sus vehículos y de descubrir una sala oculta y desconocida, sacaron las picas de fuerza y avanzaron hacia los Jedi.

Éstos aguantaron terreno, con los sables láser apuntando al suelo. Qui-Gon contaba mentalmente los segundos, esperando a que su padawan tuviera su mismo ritmo de combate. Tendrían que mantener la cabeza despejada, hacer que sus golpes fueran metódicos, impedir que les dominara el cansancio. Buscó la Fuerza. Ya rodeaba todo su ser; sólo tenía que usarla.

Sus enemigos seguían estando a unos pasos de distancia cuando el joven Kenobi saltó hacia adelante. *¡Demasiado pronto!*, gritó mentalmente su Maestro, pero aun así saltó para cubrirle el flanco. Obi-Wan atacaba con furia, su sable láser era un borrón azul en la penumbra. Qui-Gon debía equiparar su velocidad a la de él si quería protegerlo. Intentó reducir el ritmo del muchacho, pero éste había dejado que el agotamiento forzara su control al límite. El Caballero se dio cuenta de que no siempre podría contar con que su

aprendiz se moviera a su ritmo. Tendrían que trabajar más tarde en eso, cuando tuvieran tiempo. Si es que lo tenían.

Los Jedi atacaron a la vez, cortando y golpeando, moviéndose siempre, esquivando, rodando, fintando hasta derrotar a sus contrincantes. Los oponentes cayeron pesadamente al suelo.

Qui-Gon pasó sobre ellos, sorteándolos al tiempo que envainaba el sable láser. Se acercó a la abertura y miró dentro.

—Creo que hemos encontrado la bóveda —le dijo a Obi-Wan.

Capítulo 9

Oyeron una voz tras ellos.

—¡Buen trabajo, Jedi! —aprobó Guerra en tono quedo y reverente.

—Sabíamos que ganaríais incluso aunque os superaran en gran número —aseguró Paxxi.

—¿Qué va? —comentó Qui-Gon alzando una ceja.

—¡Así es! —contestaron los hermanos a coro.

Obi-Wan intentó controlar su respiración. El último envite contra los guardias le había dejado agotado. Sabía que había llevado su control al límite, mientras que su Maestro se había mantenido frío y metódico, cubriendo con golpes rápidos cualquier torpeza suya. Habían derrotado a los guardias, pero Kenobi se sentía decepcionado consigo mismo. Era consciente de haber cedido a su impaciencia y perdido la concentración. Había sido una lucha difícil.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo con irritación, desactivando el sable láser.

—Oh, nosotros ayudamos al escondernos, Obawan —le aseguró Guerra—. Los hermanos Derida no son buenos en combate. Sólo estorbaríamos.

—¡Sí, vosotros sois mucho mejores luchando! —dijo Paxxi con mirada alegre.

El joven Jedi se secó el sudor de la frente con la manga. Deseó poder sentir tanto entusiasmo por sus habilidades como el que mostraban los Deridas.

Se volvió para descubrir a Qui-Gon estudiándolo.

—Has luchado bien, padawan —le dijo con calma—. La próxima vez lo harás mejor. Es hora de que nos centremos en el presente. Ya hemos alcanzado nuestro objetivo.

—¡Sí, encontrasteis la bóveda! ¡Excelente! —exclamó Guerra antes de fruncir el ceño y dedicarse a recoger a guardias y androides asesinos—. Esto no es bueno. Debemos irnos de aquí sin que el Sindicato sepa que estuvimos. Es lo mejor.

—Buscaré un lugar donde esconderlos —repuso Paxxi.

—Paxxi es bueno en eso —dijo su hermano.

—No preguntaremos por qué —comentó el Caballero Jedi con un suspiro.

—No, es mejor así. Pero antes debemos quitarles las túnicas blindadas. Podrían sernos útiles. El fuego de las pistolas láser parece seguir a los Jedi.

—¡Fuiste tú quien nos trajo aquí! —exclamó Obi-Wan. No podía evitar sentirse irritado por Guerra. Empezaba a darse cuenta de la manera en que su amigo alteraba los hechos a su conveniencia.

—¡Cierto, Obawan! —respondió éste, alegre—. ¡Un buen argumento!

Paxxi encontró una sala de equipo abarrotada de viejos circuitos y piezas de repuesto para deslizadores. Una capa de polvo de medio centímetro cubría las piezas y el suelo.

—Bien —aprobó Qui-Gon—. Ya no usan este cuarto. Tardarán un tiempo en encontrarnos.

Transportaron hasta allí a guardias y androides cargándolos en deslizadores y evitando cuidadosamente los rayos disruptores que aún quedaban. Se llevaron consigo cuatro túnicas blindadas y otros tantos visores y cerraron la puerta tras ellos.

—Junto a las escaleras había un muelle para los deslizadores, así que podemos dejarlos allí —dijo Guerra—. Ahora vamos a ver la bóveda.

—Entremos nosotros primero —ordenó Qui-Gon—. Obi-Wan y yo os alertaremos de los rayos disruptores.

Pero, antes de que pudieran dar un paso, el comunicador de una de las túnicas empezó a emitir señales.

—Comprobación de alerta —dijo una voz—. Comprobación de alerta. ¿Por qué se han activado los rayos disruptores?

Los ojos anaranjados de Guerra se desorbitaron. Paxxi se cubrió la boca con una mano. Qui-Gon frunció el ceño.

Buscó el comunicador y lo activó, empleando la Fuerza para responder de modo que no atrajera la atención.

—Es una comprobación de rutina. Repito, una comprobación de rutina. Todo sin novedad. Sugiero cancelar la seguridad de rayos disruptores en el piso inferior para realizar más comprobaciones.

—Hecho.

Los rayos disruptores se desconectaron con un zumbido.

—Rayos desconectados —dijo Qui-Gon.

—Acaben el turno —respondió la voz—. Abandonen la zona. Cierre en diez minutos.

—Mensaje recibido —repuso, apagando el comunicador y mirando a los demás—. No tenemos mucho tiempo.

—Habrá que darse prisa entonces —dijo Paxxi.

Corrieron hasta la bóveda y entraron por la puerta secreta. Obi-Wan se sobresaltó. Las salas de arriba le habían parecido grandiosas, pero ésta refulgía de tantos tesoros como tenía. En el suelo se amontonaban costosas alfombras una encima de la otra. Había plataformas de dormir cubiertas con las mantas más finas y suaves. Grandes almohadas bordadas en oro y plata se apilaban junto a las plataformas.

Qui-Gon rondó por el lugar, examinando las cajas que se amontonaban a lo largo de las paredes.

—Aquí hay comida y suministros médicos suficientes para varios meses.

—Música y hologramas —comentó Paxxi, hurgando en las cajas de otro rincón.

—Raciones de emergencia y armas —añadió Obi-Wan, mirando las que tenía a su lado.

—Es su santuario —dijo Qui-Gon—. De hacerles falta, podrían pasar aquí meses encerrados.

—¡Aquí! —exclamó Guerra.

Todos corrieron hacia él. En una esquina había semioculta una puerta con un panel de control.

—Aquí deben tener el tesoro —dijo Guerra.

—Bueno, al menos tenías razón en esto —comentó el Maestro Jedi.

—De acuerdo, entremos ya —urgió su discípulo—. No tenemos mucho tiempo.

Guerra miró a Paxxi. Paxxi miró a Guerra.

—Por supuesto, Obawan, no es problema —afirmó Paxxi—. ¡Oops, que va, es mentira! Sólo hay un problema.

Qui-Gon cerró los ojos y respiró hondo, como para recomponer su gastada paciencia.

—¿Cómo dices?

Los hermanos miraron al suelo.

—Ah —dijo Guerra—. Sí. Dijimos la completa verdad, sí. Pero no *toda* la completa verdad. Sí, podemos acceder al tesoro. ¡Es fácil! Pero, para ello, antes necesitamos algo. Algo que el Sindicato nos robó primero a *nosotros*. ¡Entraron en nuestro escondrijo y lo robaron todo! Todo aquello que tanto tiempo y esfuerzo nos había costado acumular…

—*Robar* —corrigió el joven Kenobi.

—Así es, Obawan, lo robamos, sí, pero sólo para poder vendérselo al pueblo. Teníamos repuestos de deslizadores, circuitos, motores, todo aquello que antes abundaba en Phindar y que ya no tenemos. ¡Pensábamos vendérselo al pueblo a precios mucho más baratos que los del Sindicato! Como ves habríamos hecho un gran servicio público…

—Limítate a los hechos, Guerra —interrumpió impaciente el muchacho.

Su amigo empezaba a poner a prueba su amistad. ¿Por qué no les habría contado eso antes?

—Claro, Obawan, es un buen consejo —repuso Paxxi—. Nos lo robaron todo. Pero lo que ellos no sabían era que entre esas cosas había algo muy valioso.

—Algo inventado por mi buen hermano. Un antiregistrador. Puede deshacer todo lo que haga un registro de transferencia.

Los hermanos asintieron y sonrieron a los Jedi. Un registro de transferencia es el sistema con que se grababan las transacciones en la galaxia. Un aparato electroóptico que grababa las impresiones de las palmas de las manos de compradores y vendedores.

—La máquina de Paxxi puede duplicar cualquier impresión que esté memorizada por un sistema de seguridad o de registro.

Obi-Wan lo comprendió enseguida. La máquina anti-registradora podría ser incalculablemente valiosa. Permitiría al usuario apoderarse de bienes y propiedades y entrar en cualquier sistema de seguridad de la galaxia que requiera un registro de huellas para su acceso.

—Ese aparato es muy peligroso —dijo Qui-Gon.

—¿Peligroso? —preguntó Guerra—. ¡Qué va, Jedi-Gon! ¡Nos ayudará!

—Pero si el Sindicato supiera que lo tenéis… si *cualquiera* lo supiera, estaríais en grave peligro.

—No tenemos miedo —repuso Paxxi, agitando una mano—. ¡Qué va! Es mentira, claro que lo tenemos. Pero eso hace que tengamos más cuidado. Podemos robar el tesoro, dejar el planeta si hace falta, y hasta vender el aparato en el mercado negro…

—¿Podéis imaginaros cuánto puede valer? —cloqueó su hermano—. ¡Doce fortunas!

Qui-Gon les miró con severidad.

—No es que eso importe —se apresuró a añadir Guerra—. Primero acabamos con el Sindicato, ¿no?

—Lo cual nos devuelve a nuestro problema, hermano. Las mercancías que nos robaron estaban aquí. Ahora no lo están. Así que no podemos entrar.

—Todavía no. Pero podremos hacerlo.

—En cuanto encontremos el aparato.

—Será mejor que volvamos. Ya casi es la hora del cierre y Duenna nos estará esperando.

Qui-Gon les siguió fuera de la sala, lanzando un suspiro de exasperación. Localizaron el mecanismo que abría y cerraba la puerta secreta y ésta se deslizó suavemente hasta su antigua posición. A continuación llevaron los deslizadores hasta el muelle que había tras la escalera, y se dirigieron de vuelta al piso principal.

—Llegáis tarde —les susurró Duenna preocupada al verlos llegar. Sus brillantes ojos anaranjados escrutaban el pasillo que tenía a sus espaldas, pero el rostro se le suavizó al ver a los hermanos—. Pero me alegro de veros. Ordenaron una exploración de rutina de los pisos inferiores. No pude avisaros.

—Ya nos ocupamos de los guardias —le aseguró Paxxi—. Pero el piso inferior está vacío. Ya no hay mercancía allí.

—Siento decíroslo ahora —repuso Duenna, caminando con ellos por el pasillo—. Pero lo descubrí en cuanto os dejé. Han trasladado las mercancías al almacén del espaciopuerto. La mayoría se cargarán en la nave del príncipe Beju para que éste las lleve a Gala —hizo una pausa cerca de la puerta—. Ahora debéis iros. ¡Deprisa! Terra y Baftu han vuelto. Dentro de unos minutos será la hora del cierre.

—¡Duenna!

La voz era cortante y con tono de mando. Se oyeron pasos provenientes del ramal de pasillo situado a la derecha.

—¡Duenna!

El rostro de Duenna palideció.

—¡Es Terra! —dijo en un susurro.

Capítulo 10

El pasillo era ancho y estaba vacío; no había donde esconderse. Duenna se llevó un dedo a los labios antes de correr para doblar la esquina en dirección al otro pasillo.

Qui-Gon ordenó con su penetrante mirada azul que no se moviera nadie. Ponderó la situación. Terra sólo estaba a unos metros de distancia. La mano de Obi-Wan se cerró sobre el pomo de su sable láser, dispuesto a todo.

—No hace falta que vengas corriendo, anciana —chasqueó la voz de Terra como un látigo—. ¿Dónde estabas?

—En las cocinas —contestó Duenna, con una voz que era como un murmullo.

—En las cocinas. ¿Comiendo otra vez? ¿O acaso evitándome? Mírame.

Hubo una pausa. Los hermanos Derida alargaron los brazos y se cogieron del hombro.

—¿Qué me estás ocultando, Duenna? —la voz de Terra se tornó un ronroneo—. ¿No habrás visto a Paxxi y a Guerra?

Los hermanos se apretaron con fuerza.

—No, qué va —contestó Duenna con voz firme.

—Pero no te sorprende saber que están en Phindar.

—Estoy sorprendida, pero elijo no demostrarlo.

—¡Insolente! —la voz de Terra temblaba ahora de ira—. Creo que debería advertírtelo, anciana. Si ves a Paxxi y Guerra, si hablas con esos traidores, me ocuparé personalmente de que seas renovada.

Los hermanos Derida se miraron con expresión dolorida.

—Pero no antes de que veas a los hermanos morir ante tus ojos —siseó Terra.

—¡No! —gritó Duenna—. Te lo suplico…

—Suplica todo lo que quieras. Es evidente que no hay nada a lo que no estés dispuesta a rebajarte. Haces mi voluntad, me limpias la ropa, recoges mi basura, ¿por qué no ibas a suplicarme también?

—Te suplicaría si me escucharas —repuso con voz temblorosa—. Si tan sólo quisieras que te dijera lo que fuiste, lo que podrías volver a ser…

—¡Basta ya! Escúchame, Duenna. Si tienes contacto con ellos, morirán. Y tu memoria se perderá para siempre, anciana. ¡Pero, no te preocupes, que te soltaré en el planeta más terrible que pueda encontrar! Ahora, ven, necesito que me prepares el baño.

Los vigorosos pasos de Terra se alejaron, y los amigos oyeron que le seguían los pasos más apagados de Duenna.

—Vamos —susurró Guerra—. Hay que irse.

Se pusieron las túnicas blindadas y los visores de espejo, y con ellos les fue fácil confundirse con el resto de los guardias del Sindicato mientras dejaban el edificio.

En cuanto llegaron a las oscuras calles, el phindiano les guió por una calleja estrecha donde se quitaron túnicas y visores, que guardaron en la bolsa que llevaba consigo.

—¿Por qué sospecha Terra que Duenna contactará con vosotros? —preguntó Obi-Wan a los hermanos—. ¿Acaso sabe que simpatiza con los rebeldes? ¿No es muy peligroso utilizarla?

—Qué va —contestó Guerra con voz queda—. Terra no está segura de nada. Teme que Duenna contacte con nosotros porque es nuestra madre.

El joven Kenobi miró sorprendido a su Maestro.

—¿Y por qué trabaja para el Sindicato? —preguntó éste, deseoso de conocer la respuesta de los phindianos.

Éstos intercambiaron una mirada de tristeza y Paxxi asintió a Guerra.

—El Jedi debe saberlo.

—Sí, así es —dijo Guerra con pesar—. Duenna trabaja para Terra porque ella es su hija.

—Entonces Terra es…

—Nuestra hermana —repuso Paxxi.

—No es la misma hermana que tuvimos una vez. No es la que conocimos. La renovaron cuando sólo tenía once años. Fue criada por el Sindicato. No recuerda a la niña que fue. Creció en este lugar, rodeada de poder y crueldad.

—Sin amor —dijo Paxxi.

—Por eso sacrifica su vida nuestra madre. Pensó que así podría dar amor a Terra, aunque sólo fuera como sirvienta. Y quizá hacerle recordar parte de la niña que fue una vez. Pero no ha pasado. Terra no ha cambiado, y Duenna sigue aquí. Se queda para cuidar a su hija, sin importarle lo que ella sea. Sin importarle en lo que se ha convertido.

Capítulo 11

Esa noche, Guerra y Paxxi compartieron con los Jedi sus abarrotados aposentos. Era una pequeña habitación en la casa que Kaadi compartía con su familia. Desde el mismo momento en que los encontró, había insistido para que los hermanos se quedaran con ella y recibió a sus acompañantes con la misma calidez.

Pasaron la noche acostados en unas mantas extendidas en el suelo. Paxxi se durmió de inmediato, y Qui-Gon se sumió en el estado que los Jedi llaman reposo-en-peligro, con los ojos cerrados y manteniendo la mente en constante alerta.

Obi-Wan no podía dormir. No podía dejar de pensar en lo horrible que sería perder la memoria. No se imaginaba nada que fuera más terrible. Se había esforzado tanto en el Templo, había hecho tantas amistades y había aprendido tanto de Yoda y de los demás Maestros. ¿Y si le quitaban todo eso?

—¿Estás despierto, Obawan? —susurró Guerra desde la manta que tenía al lado.

—Sí.

—Sí, claro, eso pensaba. Te he oído pensar. ¿Sigues enfadado conmigo?

—No estoy enfadado contigo, Guerra. Pero puede que sí algo impaciente. Nunca cuentas toda la verdad.

—Qué va. Oh, es mentira. Tienes razón, Obawan, como siempre. Siento que no estás de acuerdo con la decisión de Jedi-Gon de ayudarnos.

—Qué va… o sí. Igual es mentira.

—Ah, te burlas de mí. Y me merezco tus burlas.

—¿Por qué no me hablaste de tu hermana?

—Terra —murmuró, lanzando un suspiro— es mi enemiga, y también lo es tuya, ¿verdad? Pero no siempre fue así. Debes creerme. Ah, ¡si la hubieras conocido de niña! ¡Era tan alegre y lista y curiosa! ¡Y divertida! Nos seguía a todas partes. Baftu cogió todo lo que había de bueno en ella y lo borró para llenarla de odio. ¿Entiendes por qué debemos acabar con él, Obawan? Por eso se arriesga tanto Duenna… Paxxi y ella creen que podrán recuperar Terra una vez el Sindicato haya dejado de existir.

—¿Y tú crees eso?

—No, amigo mío —contestó con otro suspiro—. No lo creo. Pero sí que lo deseo. Como mi familia. Ha habido personas de gran fortaleza mental que han podido resistir algunos efectos del borrado de memoria. Conservan fogonazos de recuerdos. Sólo retazos de cosas, un rostro, un olor, un sentimiento. Me temo que eso no será posible para Terra. Lleva demasiado tiempo así. No tengo la misma fe que mi buen hermano. En mi corazón sólo tengo una esperanza muy pequeña.

—Es algo a lo que poder aferrarse.

—Sí, así es. Por eso fue por lo que engañé a mi amigo, y no se lo conté todo desde el principio. Puede que mi buen amigo Obawan me comprenda y me vuelva a dar su ayuda.

Reinó una larga pausa. La irritación que sentía Obi-Wan por Guerra le abandonó al instante. Vio el dolor y el terror en que había vivido su amigo, y que en Phindar estaba

haciendo lo mismo que había hecho en la plataforma minera, disimulando con sonrisas y bromas su miedo a una muerte segura. Qui-Gon había hecho bien en querer ayudarlos, y ahora lo sabía.

—Pues claro que te ayudaré —susurró, pero Guerra ya estaba dormido.

***

A la noche siguiente, los cuatro se pusieron las túnicas blindadas encima de sus ropajes y se colocaron los visores. Observaron la actividad en los almacenes del espaciopuerto ocultos bajo un saledizo.

No parecía haber mucha seguridad. Los miembros del Sindicato entraban y salían de los edificios sin mostrar pase alguno. Sólo tendrían que simular que iban a entregar un cargamento. O al menos eso esperaban.

Paxxi y Guerra se habían pasado todo el día preparando unos suministros que parecieran auténticos. Aunque sus contenedores tenían carteles de «Bacta» y «Botiquín», en realidad estaban llenos de circuitos viejos. Pero al menos tendrían algo que llevar al espaciopuerto.

—En cuanto entremos nos dividiremos en dos grupos —dijo Qui-Gon—. Guerra irá con Obi-Wan, Paxxi conmigo. Empezaremos cada uno por un extremo y nos encontraremos en el centro, si podemos. Si localizáis vuestras mercancías y encontráis el aparato anti-registrador, salid de aquí. Y dentro de veinte minutos dejaremos el edificio, lo hayamos encontrado o no. No podemos correr ningún riesgo.

—¿Y si no lo encontramos? —preguntó Paxxi.

—Volveremos a intentarlo. No podemos arriesgarnos a que nos descubran. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor —repuso, antes de volverse hacia su discípulo—. No olvides mantener las manos dentro de los bolsillos para que nadie se dé cuenta de la longitud de tus brazos. Debemos parecer phindianos.

El joven Kenobi asintió, y los cuatro caminaron con viveza por el patio.

—Entrega de bacta —ladró Qui-Gon al guardia de la puerta cuando llegaron a la puerta del almacén. El guardia les dejó pasar.

Entraron a un enorme espacio de altos techos. Hilera tras hilera, las transparentes unidades de almacenaje corrían de un extremo al otro del edificio. Cada unidad estaba llena de cajas y contenedores. Miembros del Sindicato con plateadas túnicas cargaban suministros en deslizadores antes de dirigirse al gran muelle de carga situado en la parte de atrás.

Los hermanos Derida se pararon de golpe, con la sorpresa pintada en el rostro. Obi-Wan supo por qué. Aquí había hilera tras hilera de todo aquello por lo que los phindianos hacían cola desesperadamente. Suministros médicos. Comida. Piezas de repuesto para hacer operativos a deslizadores, androides y máquinas. Todo almacenado por el

Sindicato. Los hermanos lo sabían de antemano, pero verlo finalmente con sus propios ojos era recibir un golpe muy fuerte.

—Poneos en marcha —dijo Qui-Gon con un tono amable preñado de urgencia.

Obi-Wan, con las manos en los bolsillos, se dirigió con Guerra a un extremo del almacén. Caminaron rápidamente de una hilera a otra. Las veces que se cruzaban con otros miembros del Sindicato se limitaban a saludar con la cabeza y a seguir andando.

—¡Esto es muy fácil, Obawan! —susurró su compañero—. ¡Me alegro de que robáramos estas túnicas!

El comunicador de la túnica de Guerra se puso a funcionar de pronto.

—Guardia K23M9, informe —dijo una voz—. ¿Cuál es su paradero?

—Será un control de rutina —murmuró el joven Kenobi.

—Haciendo una entrega en el almacén —repuso el phindiano activando el comunicador.

—Paradero no previsto. Explíquese —chirrió el comunicador tras una pausa.

Guerra miró a Obi-Wan con pánico.

—Dile que se equivoca —le susurró éste.

—¡Qué va! Cumplo órdenes —dijo con rapidez, apagando el comunicador.

Se concentraron en la siguiente hilera. El aprendiz de Jedi vigilaba mientras su compañero examinaba los estantes.

—¡Lo encontré, Obawan! ¡Allí, en la balda de arriba! Reconozco mi caja de células energéticas. Debe estar aquí.

Se subió al primer estante y cogió la caja con sus largos brazos, bajándola luego.

—Aquí está, en el fondo —dijo con una ancha sonrisa tras mirar dentro.

Obi-Wan puso en su sitio la caja marcada «Bacta».

—Muy bien, vamonos.

Caminaron por el pasillo, intentando aparentar que no iban con prisa. De un altavoz cercano brotó de pronto un anuncio.

—Guardia K23M9, preséntese ante seguridad. Guardia K23M9, preséntese ante seguridad.

—¡Ése soy yo! ¿Qué podemos hacer, Obawan? —inquirió Guerra, lleno de pánico.

El joven pensó con cuidado. Tenían que sacar del edificio el aparato anti-registrador.

—Dame tu túnica —ordenó.

El phindiano titubeó.

—Pero eso te pondrá en peligro, Obawan. Eso ya lo hice en Bandomeer, y no volveré a hacerlo.

—La Fuerza me protegerá —le dijo Obi-Wan, aunque lo dudaba—. Debes buscar a Qui-Gon y sacar ese aparato de aquí.

—¿Puedes usar tu Fuerza para escapar?

—Sí. Date prisa.

El joven se quitó su propia túnica, y su compañero hizo lo mismo con gesto reticente. Intercambiaron las túnicas y Guerra se puso la de Obi-Wan, llevando bajo el brazo la caja que contenía el anti-registrador.

—Vamos —le dijo el joven Jedi cuando por la esquina apareció un deslizador con hombres del Sindicato.

Guerra dio media vuelta y se alejó andando, pasando junto a los guardias que se dirigían hacia el muchacho. No le dedicaron ni una mirada. El joven Kenobi se volvió para ver que había cuatro guardias más dirigiéndose hacia él desde el otro lado. Sabía que no debía ofrecer resistencia. Si podía escapar a esos guardias, seguridad cerraría el edificio y Guerra no conseguiría salir. Sólo podía hacer una cosa: rendirse.

Su amigo phindiano desapareció por una esquina y los guardias aceleraron hasta llegar a él. Pararon el vehículo en el aire, apuntándole con sus pistolas láser al cuello, única parte del cuerpo que llevaba desprotegida.

—Guardia K23M9, estás fuera de tu cuadrante —dijo uno de ellos—. Ya conoces el castigo. Debemos escoltarte al cuartel general. Resístete y morirás.

El joven Jedi asintió y subió al deslizador. El guardia que tenía detrás continuó apuntándole al cuello con el láser. Se dirigieron al cuartel del Sindicato.

Capítulo 12

Obi-Wan observaba esperando una oportunidad de escapar, pero eso era imposible. Una parte de su entrenamiento en el Templo se había centrado en la paciencia, pero ésa había sido su peor asignatura.

El cuartel estaba plagado de guardias. Lo primero que le hicieron fue quitarle la túnica acorazada y el visor.

—No es un phindiano —dijo sorprendido uno de los guardias. El aprendiz de Jedi no dijo nada.

El otro guardia le cogió el sable láser. Intentó activarlo, pero no pudo hacerlo.

—¿Qué es esto? ¿Un arma primitiva?

Obi-Wan continuó callado.

Los dos guardias se miraron nerviosos.

—Será mejor llevarlo con Weutta.

Weutta resultó ser el jefe de seguridad. Escanearon el iris del muchacho para compararlo con el del auténtico guardia K23M9. En la pantalla aparecieron las palabras «No hay equivalencia». No apareció nada más.

—No tenemos ningún registro tuyo, rebelde —dijo el jefe de seguridad, acercando su rostro al del prisionero—. ¿Quiénes son tus contactos? ¿Por qué has venido a Phindar? ¿Qué le ha pasado al guardia K23M9?

Obi-Wan siguió sin decir nada. Weutta le dio un suave golpe con una pica de fuerza. Ese toque bastó para hacerle caer de rodillas. La cabeza le daba vueltas y tenía el costado ardiendo por la descarga eléctrica.

—Se lo llevaré a Baftu. Se ha declarado el estado de máxima seguridad. Quiere ver personalmente a todos los rebeldes —dijo Weutta, procediendo a empujar bruscamente al debilitado muchacho por lo que le parecieron kilómetros de pasillos.

Finalmente llegaron hasta unas enormes puertas laboriosamente talladas. Un guardia les hizo pasar a una sala grande y completamente vacía con pesados tapices tapando las ventanas. En el otro extremo había otras dos enormes puertas.

Weutta caminó hacia ellas y se detuvo. Obligó a su prisionero a arrodillarse y le empujó la cabeza hacia abajo.

—Espera aquí, gusano —gruñó—. Y no alces la mirada.

Mientras mantenía la cabeza baja, el joven Kenobi movió los ojos para ver cómo el gordo phindiano se ajustaba el visor, se alisaba la túnica y se aclaraba la garganta antes de apretar un botón situado a un lado de la puerta. Era obvio que Baftu ponía nervioso hasta al jefe de seguridad.

La puerta se abrió un instante después para descubrir a un molesto Baftu en el umbral de su despacho.

—¿Por qué me molestas? —ladró, desdeñoso.

—He traído un rebelde… —balbuceó Weutta.

—¿Por qué se me molesta con esas cosas? —rugió.

—Porque usted me lo ordenó —respondió con voz que casi era un gemido.

—Me desagradas. Deja al rebelde y vete.

—Pero…

—Disculpa, cabeza de babosa, ¿cómo es que sigues ante mí? —dijo Baftu con tono asesino—. ¿O es que tengo que empalarte en un electropunzón para que te sacudas hasta la muerte?

—No —susurró el jefe de seguridad, y corrió hasta las puertas del otro lado, cruzándolas y desapareciendo por ellas.

—¡Baftu! —Era Terra, aunque el aprendiz de Jedi no podía verla—. ¡Aún no he acabado!

Baftu se volvió, dejando la puerta ligeramente entreabierta, y sin mirar ni una vez en dirección a Obi-Wan. Éste se arrastró hacia adelante, forzando el oído. Llamó a la Fuerza para que le aguzara los sentidos y así poder oír la conversación entre la pareja. Hablaban en furiosos susurros.

—¡Yo estuve desde el principio en contra de la alianza con el príncipe Beju! —dijo Terra—. ¿Qué sabemos nosotros de él? Todavía tenemos que conocerlo o verlo en persona. Todos nuestros tratos con él se han realizado mediante intermediarios. No me fío de alguien a quien no he visto.

—Vendrá mañana y entonces podrás verlo. Dejemos ya esta conversación.

—¿Y por qué piensas ahora en expansiones? —continuó la mujer, ignorándolo—. Deberíamos consolidar nuestro poder en Phindar. Los actos rebeldes van en aumento. El pueblo tiene hambre. Los centros médicos necesitan más suministros. ¡Has creado una escasez demasiado grande, Baftu! El pueblo está al borde de la revuelta.

—¿Y qué importa que sea así? Está hambriento y enfermo. En caso de que pudiera conseguir armas, estaría demasiado débil para mantener mucho tiempo el alzamiento.

—¡Esto no es cosa de broma, Baftu!

—Ah, te estás ablandando, hermosa Terra. ¿Por qué no te ocupas tú del estado de las cosas en Phindar, ya que tanto te importa? Apacigua esta semana al pueblo con algo de comida extra. No es mala idea, estando Beju en camino. Eso los distraerá. Pero no les des bacta… Se la he prometido casi toda a Beju.

—No confío en ese príncipe…

—Eso ya lo has dicho. Una y otra vez. Yo me ocuparé de recibirlo. Tú ocúpate de Phindar. Y ahora déjame, tengo cosas que hacer.

—¿Qué hacemos con el rebelde?

—Ocúpate tú de él. Ahora Phindar es tu responsabilidad, ¿recuerdas?

Obi-Wan escuchó el taconeo de unos pasos, seguidos del abrir y cerrar de una puerta en la habitación contigua. Retrocedió rápidamente sobre manos y rodillas antes de apretar el rostro contra las manos.

Una bota le golpeaba el hombro un instante después. Por la mullida alfombra, no había oído a Terra acercarse.

—Alza la cabeza, rebelde.

Levantó la mirada, extrañándose de ver los amistosos ojos de Guerra y Paxxi en un rostro tan cruel.

—Así que no eres phindiano. ¿Quién eres? —preguntó impaciente la mujer.

—Un amigo —respondió el joven Kenobi.

—Mío no —bufó ella—. Has suplantado a un guardia. Ya sabes cuál es el castigo a eso. Aunque igual no lo conoces. Puede que tus *amigos* phindianos no te lo contaran. Serás renovado y transportado a otro planeta.

Obi-Wan no movió ni un músculo, pero en su interior lanzó un grito de horror ¡Renovado! No había imaginado eso. Estaba preparado para soportar todo tipo de torturas. ¡No para que le borraran la memoria! Era algo demasiado doloroso para concebirlo.

Terra lanzó un suspiro. Parecía cansada, y el aprendiz de Jedi vio por un momento un atisbo de la niña que había sido una vez. Ella apartó la mirada.

—No te preocupes, rebelde. No es tan malo como dicen.

Obi-Wan se arriesgó a hacer una pregunta, quizá movido por ver en sus rasgos una sombra de los de sus amigos.

—¿Echas de menos a tu familia?

Ella se envaró por un momento. Él esperó un golpe, se preparó para él. Pero, en vez de eso, la phindiana se volvió para mirarle con una mirada cortante tan triste como llena de espacios vacíos.

—¿Cómo se puede echar de menos lo que no se recuerda?

Capítulo 13

La voz de Qui-Gon era tan cortante como el filo de un vibrocuchillo.

—¡Lo has abandonado!

—¡Qué va, Jedi-Gon! ¡Él insistió! —exclamó Guerra—. Y todo pasó muy deprisa. ¡No supe qué hacer!

—¡Pudiste quedarte con él! —replicó bruscamente.

—Pero Obawan me dijo que me llevara el anti-registrador. Dijo que eso era lo más importante —lloró el phindiano desesperado.

Qui-Gon profirió un suspiro de exasperación. Obi-Wan tenía razón. Su misión era conseguir ese aparato. Eso debía ser lo importante.

Le dio la espalda a Guerra e intentó recuperar la compostura. Estaban ocultos en las sombras, fuera del enorme almacén. Quería atacar a Guerra, atacar al primer guardia del Sindicato que viera, atacar el cuartel general. La ira le inundaba, cruda, pulsante, irracional. Le sorprendió lo fuerte que era. Guerra ya había traicionado a su padawan en aquella plataforma minera. ¿Lo habría vuelto a hacer?

—No supe qué hacer, Jedi-Gon. Obawan insistió. Dame tu túnica, me dijo. Dijo que la Fuerza le ayudaría. Ahora me doy cuenta de que sólo quería que le obedeciera. De saber yo que se lo habrían llevado, bien me habría puesto en su lugar.

El Caballero Jedi se volvió para mirar a los apesadumbrados ojos de Guerra. Sus instintos le dijeron que confiara en el phindiano. Y todo lo que decía sobre Obi-Wan parecía auténtico. Su aprendiz se había sacrificado para que pudieran sacar el aparato anti-registrador del edificio. Él habría hecho lo mismo.

Paxxi habló en voz queda.

—Tenemos una señal para llamar a Duenna en caso de emergencia. Podemos activarla y mañana se reunirá con nosotros en el mercado. Nos dirá cómo está Obawan y lo que planean para él. Entonces podremos planear su rescate.

—Mañana sería demasiado tarde. Tiene que ser esta noche. Ahora mismo. No dejaré a Obi-Wan tanto tiempo encerrado.

Paxxi y Guerra intercambiaron miradas.

—Sentimos decirte que no, Jedi-Gon —dijo el segundo—. El cuartel general se cierra por las noches. Nadie puede entrar o salir de él. Ni siquiera Terra y Baftu.

—¿Qué pasa con el aparato anti-registrador? Dijiste que podría hacerte entrar en cualquier parte.

—Así es. En cualquier parte. Salvo en el cuartel general tras el cierre. Duenna cuidará de Obawan. Le protegerá lo mejor que pueda.

Qui-Gon volvió a apartarse. La rabia de la impotencia volvía a desbordarlo. Pero esta vez no iba dirigida contra Guerra, sino contra sí mismo. Debía haber acompañado a Obi-Wan y dejar que los hermanos Derida se las arreglaran solos. Pero temió que no fueran capaces de sacar el aparato anti-registrador del edificio.

—*Toma una decisión, y después otra* —decía siempre Yoda—. *Rehacer el pasado no puedes*.

Sí, sólo podía seguir adelante. Y el corazón apesadumbrado del Jedi sabía que esa noche no podría rescatar a su discípulo. No podía comprometer el éxito de la misión intentando un rescate condenado a fracasar.

***

Obi-Wan se sentaba en una celda apenas lo bastante grande para contenerle. Tenía las piernas recogidas, con las rodillas bajo la barbilla, y hacía frío. El aire que rozaba su piel era como el miedo gélido que atenazaba su corazón.

Cualquier cosa menos esto, pensaba. *Puedo soportarlo todo, menos esto. ¡No quiero perder la memoria!*

Perdería todo su entrenamiento Jedi, todos sus conocimientos. Cualquier sabiduría que tanto se había esforzado por obtener. ¿Perdería también la Fuerza? Perdería los recuerdos que le decían cómo dominarla.

¿Qué más perdería? Las amistades. Todas las que había hecho en el Templo. Las de la gentil Bant de ojos plateados. La de Garen, con quien había peleado y reído y que era casi tan bueno como él en la clase de manejo del sable láser. La de Reeft, que nunca tenía bastante comida y que solía mirar con tristeza el plato vacío hasta que Obi-Wan le pasaba algo de su comida. Había forjado estrechos lazos con ellos, y los echaba de menos. Si perdía los recuerdos de ellos, morirían para él.

Pensó en su decimotercer cumpleaños. Parecía haber tenido lugar mucho tiempo antes. Nunca había realizado su ejercicio de reflexión. Recordaba el aviso que le había dado su Maestro. *Sí, el tiempo es algo escurridizo, pero siempre conviene buscarlo*.

Obi-Wan no lo había buscado. No había hecho tiempo. Ahora tendría todo el tiempo del mundo, y nada que recordar.

Apretó la frente contra las rodillas, sintiendo que el miedo le abrumaba, le llenaba la mente de tinieblas. Por primera vez en su vida supo lo que era perder toda esperanza.

Y entonces, en medio de todo ese miedo y ese frío, sintió una calidez dentro de su túnica. Buscó en el bolsillo oculto del pecho. Sus dedos se cerraron alrededor de la piedra de río que le regaló su Maestro. ¡Estaba caliente!

La sacó. La oscura piedra brillaba en la oscuridad con un destello casi cristalino. Volvió a cerrar los dedos sobre ella y sintió que vibraba contra las yemas de sus dedos. La piedra debe ser sensible a la Fuerza, pensó.

Eso envió un rayo de luz pura a la oscuridad de su mente. *Nada está perdido allí donde está la Fuerza*, recordó del Templo. *Y la Fuerza está en todas partes*.

Pensó en lo que Guerra le había dicho sobre el borrado de memoria. Los de voluntad fuerte habían podido resistirse a algunos de los efectos del borrado. Quizá eso significaba que la Fuerza podría ayudarle. Pues, ¿qué era la Fuerza sino luz y fortaleza?

Apretó la piedra con energía e hizo que la Fuerza le rodeara como si fuera un escudo. Se la imaginó enroscándose alrededor de cada célula de su cerebro como si levantara una fortaleza. Rechazaría la oscuridad y conservaría sus recuerdos.

Ni siquiera alzó la mirada cuando se abrió la puerta de la celda y entraron los guardias.

Capítulo 14

Al día siguiente el mercado estaba abarrotado pese a haber menos cosas a la venta que nunca. La desesperación que se pintaba en el rostro de los phindianos tenía su reflejo en Qui-Gon. Éste caminaba impaciente de un lado a otro, esperando a que apareciese Duenna.

—Voy ahora mismo al cuartel general —le dijo con aire huraño a los hermanos cuando ya no pudo esperar más—. Encontraré el modo de entrar.

—Espera, Jedi-Gon —suplicó Guerra—. A Duenna le cuesta mucho escaparse, pero siempre lo consigue.

—¡Y por allí viene! —exclamó Paxxi.

Duenna se abrió paso hacia ellos entre la multitud. No llevaba la túnica blindada, sino una capa y una capucha. Llevaba un gran bolso.

—¿Hay noticias de Obi-Wan? —preguntó el Jedi apenas llegó ella a su lado.

La mujer se llevó una mano al corazón para recuperar el aliento.

—El cuartel está en alerta. Mañana llega el príncipe Beju…

—¿Qué pasa con Obi-Wan? —ladró el Caballero.

—Estoy intentando decírtelo. Nunca los había visto actuar tan deprisa. Se… se lo llevaron a una celda.

—¿Dónde?

—Ya no está en ella —repuso ella, posando una mano en el brazo de él.

Qui-Gon notó de pronto que los ojos de la mujer lo miraban con piedad. Sintió que se le partía el corazón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó roncamente.

—Lo renovaron —respondió la mujer con voz quebrada—. Anoche. Y este alba lo transportaron fuera del planeta.

***

Paxxi y Guerra miraron desde la esquina al cuarto donde Qui-Gon permanecía sentado, inmóvil, con la mirada fija y las piernas cruzadas. Duenna había tenido que volver al cuartel general, así que habían vuelto directamente a casa de Kaadi. Resultaba peligroso quedarse de día en la calle.

Apenas entraron en la casa, el Caballero Jedi se dirigió a la habitación donde dormían. Allí se sentó en el suelo, sin decir nada. Llevaba una hora así. Los hermanos le habían dejado solo por un tiempo, pero él podía sentir sus ojos impacientes clavados en él.

—No me he rendido. Estoy trazando un plan —dijo sin abrir los ojos.

—Por supuesto, Jedi-Gon —dijo Guerra, con una nota de alivio vibrando en su voz—. Lo sabemos.

—Sí, así es —añadió Paxxi—. Sabemos que los Jedi no se rinden. Aunque debemos admitir que nos preocupamos un poco. Las noticias sobre nuestro amigo Obawan son muy malas.

Qui-Gon abrió los ojos para ver en los ojos de los hermanos Derida la misma desesperación atormentadora que sentía en su propio corazón. Había tenido que luchar para superar la ira que sentía contra sí mismo. Le había llevado tiempo calmar la mente. Una y otra vez había intentado formular algún plan, sólo para sentirse angustiado ante el aprieto en que se encontraba Obi-Wan. Le había afectado hasta lo más hondo. Le resultaba insoportable la mera idea de que pudiera estar ahora sin sus recuerdos, sin su entrenamiento.

Había fallado a su padawan. Debió suponer que el Sindicato actuaría con rapidez. Debió intentar su rescate la noche anterior. Y ahora su discípulo estaba condenado a llevar una vida tan vacía que sentía escalofríos cada vez que se la intentaba imaginar.

¿Y qué pasaba con el entrenamiento Jedi de Obi-Wan? Se habría perdido. ¿Qué sería del muchacho? Aún sería sensible a la Fuerza, pues la Fuerza no dependía de la memoria. Pero ¿cómo podría emplearla sin las lecciones del Templo como guía? Si descubría que poseía ese poder, lo usaría sin establecer alianza alguna. ¿Se convertiría entonces en un guerrero neutral, perdido, que vendiese sus servicios al mejor postor? ¿Emplearía la Fuerza para el Lado Oscuro, como su antiguo aprendiz Xánatos?

No creía que eso pudiera llegar a pasar. No *quería* creerlo. Si había perdido la memoria, seguro que aún conservaba su bondad.

Sí, Qui-Gon estaba lleno de preocupaciones. Pero también tenía el corazón roto. Ya no existía ese muchacho al que había conocido. Ese chico diligente, tan lleno de curiosidad y sed de conocimientos. El buen estudiante. El niño que quería aprender.

Se negaba a creer que todo eso hubiera desaparecido. No. Aún tenía esperanzas de poder invertir el borrado de memoria si conseguía encontrar a Obi-Wan.

—¿En qué estás pensando, Jedi-Gon? —preguntó Guerra con precaución.

—Actuaremos mañana. Debemos descubrirlos ante el pueblo, ¿y qué mejor momento para actuar que cuando intentan impresionar al príncipe Beju? En primer lugar, porque estarán distraídos. Y, en segundo, porque podremos destruir su alianza con el príncipe antes de que ésta empiece.

—Eso es cierto —repuso Paxxi respirando hondo.

—Habrá que abrir los almacenes justo cuando llegue el príncipe —dijo el Caballero Jedi. Se había formado un plan en su mente y lo creía factible—. ¿Podrá Kaadi reunir a su gente?

—Sí, así es —dijo Guerra asintiendo.

—Ésa será nuestra distracción. El pueblo correrá a los almacenes. Al Sindicato le entrará el pánico. Habrá caos en las calles e iremos directamente al cuartel general con el aparato anti-registrador. Será entonces cuando les robaremos el tesoro.

—¿A plena luz del día? —preguntó Paxxi—. Eso será peligroso. Y Duenna no podrá ayudarnos entonces.

Qui-Gon clavó la mirada en ellos. Sus ojos azules atravesaron ardientes la habitación.
—¿Estáis conmigo?
Los hermanos se miraron.
—Sí, lo estamos —dijeron al unísono.

Capítulo 15

El zumbido de los motores situados bajo Obi-Wan latía contra su cráneo. Lo habían arrojado al suelo de una nave, encerrándolo en la bodega de carga. Mantuvo los ojos cerrados. Tenía que mantener la concentración. Se sentía completamente vacío. Agotado. Enfermo.

Pero podía *recordar*.

No habían podido con él. No habían ganado.

Ellos habían entrado en la celda y él ni los había mirado, ni siquiera cuando se rieron de él. Había devuelto la piedra de río al bolsillo de su túnica para que no pudieran verla y se la quitaran. La piedra mantenía un brillo y un calor constante contra su corazón. Había sacado fuerzas de ella. Era la prueba tangible de que la Fuerza estaba con él.

Mientras preparaban el androide borrador de memoria, él había edificado paredes de Fuerza en su interior. Había puesto cada recuerdo, hasta el más borroso, dentro de una vitrina. Y los había aceptado todos, tanto los dolorosos como los alegres.

Era tan joven en su primer día en el Templo, había tenido tanto miedo. Recordaba su primera visión de Yoda, acudiendo a recibirle, con sus ojos de pesados párpados y mirada somnolienta.

—Lejos has venido, lejos para viajar estamos —le había dicho—. Frío y cálido, es. Lo que tú buscas, hallarás. Aquí lo encontrarás. Escucha.

El sonido de las fuentes, del río que corría tras el Templo. Las campanas que el cocinero había colgado de un árbol en los jardines de la cocina. Se fijó en esas cosas, y algo en él se relajó. Por primera vez pensó que allí podría sentirse como en su casa.

Era un buen recuerdo.

Dos varillas de metal se clavaron en sus sienes. Los electro-pulsadores.

La piedra brilló contra su corazón.

Una visita a casa. Su madre. Luz y suavidad. Su padre. Su risa generosa. La de su madre uniéndose a la de él, igual de libre, igual de sonora. Su hermano compartiendo una pieza de fruta con él. La explosión en su boca del dulce sabor del jugo. La suavidad de la hierba bajo sus pies desnudos.

El androide activó el borrado de memoria mientras los guardias observaban la operación. Notó en las sienes una sensación extraña que se movió hacia dentro. No era dolor, no mucho…

Owen. El nombre de su hermano era Owen.

Reeft nunca tenía bastante comida. Los ojos de Bant eran plateados.

La primera vez que empuño el sable láser. Brilló al activarlo. La mayoría de los estudiantes del Templo eran torpes. Él nunca fue torpe. No con ese arma. Siempre se sintió cómodo con el sable láser en la mano.

Ahora sentía dolor. Mucho dolor.

La Fuerza era luz. La imaginó, dorada, fuerte, brillante, formando una barrera en torno a sus recuerdos.

Son míos. No tuyos. Los conservaré.

Los hombres del Sindicato se sorprendieron al verle sonreír.

—Debe alegrarle perder ese recuerdo, supongo —le dijo uno al otro.

No, no lo pierdo. Lo tengo. Me aferro a él…

Una tela basta contra sus manos. Un abrazo a su madre. El final de la visita. Sí, había querido volver al Templo. Era un gran honor. Sabían que no podían quitarle eso. Él lo deseaba tanto. Pero, aun así, el adiós era doloroso, muy duro. Una mejilla suave presionaba la suya.

Lo conservaré siempre.

La forma en que caía el crepúsculo en el Templo. Lentamente, por todas las luces y edificios blancos de Coruscant. La luz siempre tardaba en irse. A esa hora solía ir al río con Bant. A Bant le encantaba el río. La muchacha se había criado en un mundo húmedo. Su cuarto siempre estaba lleno de vapor. Nadaba en el río como un pez. Al atardecer, el color del agua era como el de sus ojos.

Dolor. Se sentía mal. Estaba perdiendo la conciencia. Le vencerían si se desmayaba.

Yoda. No perdería a Yoda. *Fortaleza tienes, Obi-Wan. Paciencia también tienes, pero encontrarla debes. En tu interior está. Buscarla debes hasta encontrarla y retenerla entonces. Aprender a usarla debes. Que puede salvarte descubrirás*.

No perdería las lecciones de Yoda. Creó una barrera de Fuerza alrededor de ellas. El dolor volvió a aumentar, provocándole náuseas por todo el cuerpo. No podría aguantar mucho más.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el guardia con dureza.

Obi-Wan clavó en el guardia unos ojos enfermos y en blanco.

—¿Cómo te llamas? —repitió el guardia.

Obi-Wan simuló pensarlo, simuló asustarse.

—Está cocido —dijo el guardia con una carcajada.

El androide retrajo los electro-pulsadores. El Jedi se desplomó en el suelo.

—Ahora dormirá —dijo un guardia.

—No creo que sueñe —añadió el otro.

Pero sí que soñó.

***

Lo pusieron en pie. Un guardia del Sindicato se rió en su cara.

—¿Preparado para afrontar tu nueva vida?

Él mantuvo una expresión neutra, deslumbrada.

—Me juego dinero con esto —dijo el guardia—. No durarás en Gala ni tres días.

¡Gala! El muchacho mantuvo la mirada neutra a medida que se sentía inundado por el alivio. ¡Qué golpe de suerte! Al menos en Gala podría encontrar un modo de ayudar a Qui-Gon.

Conocía los planes del príncipe Beju. Igual encontraba en Gala a alguien que quisiera ayudarle, como algún rival político que se presentase a gobernador.

Bajaron ante él la rampa de aterrizaje. Pudo ver un espaciopuerto de piedra gris con varios cazas estelares muy baqueteados. Varios puestos de control impedían que la gente entrase en él. Recordó lo que le había dicho su Maestro. La casa real había esquilmado al planeta. Había facciones rivales luchando por el control. El pueblo estaba a punto de levantarse en armas.

—¡Que te diviertas! —cloqueó el hombre del Sindicato, y lo empujó rampa abajo.

Una sonda androide zumbó detrás del joven Jedi cuando éste cruzó con precaución el hangar del espacio-puerto. Cuando llegó al punto de control, los guardias le hicieron pasar. No había duda de que el Sindicato los había sobornado para que pudiera pasar sin problemas. La diversión empezaría en cuanto llegase a las calles de Gala. Estaban apostando por cuánto tiempo conseguiría sobrevivir.

Obi-Wan se internó en las abarrotadas calles de Galu, capital de Gala, sabiendo que el pequeño probot le seguía constantemente, filmándolo sin cesar. Le costaba saber lo que debía hacer. ¿Cómo reaccionaría ante una ciudad así si no tenía ningún recuerdo?

Hubo un tiempo en que la ciudad de Galu debió ser grande e impresionante, pero los enormes edificios de piedra se estaban desmoronando ya. En las fachadas podían verse, los agujeros y depresiones allí donde se habían arrancado los adornos. Donde antes hubo árboles a lo largo de las calles, ahora sólo había retorcidos tocones.

Los galacianos eran humanoides cuya piel pálida tenía un tono azulado. La luz solar era escasa en el planeta, y la piel clara y luminosa de sus habitantes hacía que se les llamase muy a menudo «gente de la luna». El joven Kenobi veía evidencias de pobreza por todas partes. Si el ambiente en Phindar había sido de miedo, en Gala el que captaba era de rabia.

Procuró mantener una expresión confusa en el rostro. Miró en los escaparates, intentando aparentar que nunca había visto las mercancías que se exhibían en ellos. Evitó mirar a los ojos de la gente y vagó por las calles sin un destino aparente. Pero, durante todo el tiempo, se fue acercando más y más al resplandeciente edificio que se veía en la distancia, y que él supuso era el gran palacio de Gala. Gemas azules y verdes incrustadas en las torres captaban la débil luz del sol haciendo que el palacio pareciera brillar.

De pronto, un galaciano gigantesco le bloqueó el paso.

—Tú —dijo, posando una carnosa mano en el hombro del muchacho—. ¿Sabes lo que me dije esta mañana al despertarme?

El probot zumbó alrededor de Obi-Wan, mientras éste resistía la tentación de actuar como un Jedi. No miraría al hombre a los ojos con valor claro y sereno. No le hablaría firme pero respetuosamente en un intento de calmar la situación. Debía reaccionar con miedo y confusión.

Y esperar que no le mataran.

Dejó que la aprensión asomara en su rostro.

—¿El qué? —respondió.

El hombrón le apretó dolorosamente el hombro.

—Qué le cortaría la garganta al primer hombre de las colinas que viera.

—Yo-yo no soy de las colinas —repuso el muchacho, dándose cuenta al instante de que, al no tener memoria, no *podía saber* si era o no de las colinas. Simuló que estaba confuso.

—Pues lo pareces —dijo el galaciano, cogiendo el vibrocuchillo que pendía de su cinturón.

El joven Kenobi oyó cómo lo sacaba de la vaina con un sonido sibilante. Parecía tener una hoja muy larga.

Sus manos buscaron instintivamente el sable láser. Naturalmente, no lo tenía, ya que se lo había confiscado el Sindicato. Y, de todos modos, de usarlo alertaría a la cámara del probot.

—La gente siempre dice que lo parezco —dijo con rapidez—. Todo el tiempo. Y no lo entiendo.

—¿No lo entiendes? —comentó el hombre frunciendo el ceño.

—Sí, yo quizá sea feo, pero no *tan* feo.

No tenía ni idea de lo que era una persona de las colinas. Ni del aspecto que tenía. Pero sabía que la única forma de salir con bien del aprieto sin pelear era haciéndose amigo de su contrincante.

El hombretón le miró fijamente, antes de echar la cabeza atrás y proferir una carcajada. Apartó la mano del hombro de Obi-Wan.

El joven retrocedió un paso, sonriendo al tiempo que el hombre reía. Se apartó un poco de él. El hombre, riéndose todavía, devolvió el vibrocuchillo a su cinturón y se alejó caminando.

De cara al probot, el aprendiz de Jedi mantuvo en el rostro una mirada de miedo y confusión. Se daba cuenta de que debía deshacerse del androide. Si sólo podía depender de su inteligencia para sobrevivir, estaría muerto antes de que anocheciera.

La idea le hizo sonreír, pero enmascaró el gesto tosiendo y llevándose la mano a la boca. Se metió por una calle lateral, y mientras caminaba usó la técnica Jedi de mirar sin parecer que miraba. Iba acumulando información, esperando el momento oportuno.

Delante de él había un carro cargado de hortalizas, aparcado ante la cocina de un café. Un cocinero había salido a discutir con el conductor. Una motojet doblaba la esquina en ese momento. Podía ser su oportunidad.

Aceleró el paso. Cuando estaba cerca del carro, tropezó, sin que su rostro perdiera la expresión de desconcierto. La caída le puso directamente al paso de la moto. Pudo ver perfectamente la expresión de sorpresa del conductor antes de que diera un giro brusco para no arrollar a Obi-Wan. Al hacerlo rozó el carro, volcándolo. El conductor del carro empezó a gritar al de la moto, que pisó a fondo y siguió su camino.

El conductor del carro le persiguió, cogiendo hortalizas y arrojándoselas al piloto del deslizador. Una de ellas alcanzó al probot, haciéndole girar en el aire con un pitido de alarma. El aprendiz de Jedi rodó rápidamente tras el carro, echó a correr y se metió en la

cocina del café. Pasó como una exhalación ante un sorprendido pinche que removía un caldero con sopa y entró en el café. Se dirigió a la puerta y corrió hasta la calle para esconderse en la tienda de al lado.

Un momento después veía al probot saliendo por la puerta del café. Flotó en la calle, girando lentamente, examinando a los viandantes con la cámara, mientras su perseguido permanecía oculto en la tienda. Poco a poco, el probot empezó a recorrer la calle, girando con cuidado en todas direcciones, así que el joven Kenobi aprovechó para desaparecer dentro de la tienda, pasar junto a su sorprendido propietario y salir de ella por una salida trasera.

El palacio de Gala no estaba lejos. Se paró un momento ante las adornadas puertas enjoyadas, preguntándose lo que debía hacer. No podía entrar y anunciarse a sí mismo. Supuso que los ministros y candidatos al puesto de gobernador acudirían en algún momento a palacio para celebrar alguna reunión sobre las próximas elecciones. ¿Debería limitarse a parar a la primera persona de aspecto importante que llegase y contarle por qué estaba allí?

Deseó que Qui-Gon estuviera con él. El Caballero Jedi habría sabido qué hacer. Él tenía la mente demasiado llena de dudas y posibilidades. Allí, en la calle, ante el palacio, se sentía en desventaja, temiendo siempre que el probot reaparecería en cualquier momento.

Mientras pensaba en la manera en que debía proceder, caminó hasta la sombra que proporcionaba un saledizo del edificio. Allí se dio cuenta de que una nave de pasajeros bajaba desde el cielo, pareciendo dirigirse hacia él. Se tensó hasta que se dio cuenta de que estaba junto al hangar de un pequeño espaciopuerto.

Avanzó un poco, todavía a la sombra del saledizo, para ver cómo aterrizaba la nave. Bajaron la rampa y por ella salió un piloto. Alguien avanzó para saludarle. Era un joven que llevaba una capa larga y un turbante.

—Hace ya tres minutos que espero —soltó el chico en cuanto se acercó el piloto.

—Disculpas, mi príncipe. La comprobación del equipo nos llevó más tiempo de lo habitual, pero ya estamos listos para despegar.

Obi-Wan se tensó; debía ser el príncipe Beju.

—No me aburras con obviedades. ¿Han cargado ya mis suministros?

—Sí, mi príncipe. ¿Está la guardia real lista para subir a bordo?

—No me aburras con preguntas, ¡limítate a obedecerme! Espero que podamos despegar en dos minutos. Pienso descansar durante el vuelo, así que no me molestéis.

El príncipe Beju se echó la capa por encima de un hombro y echó a andar. Era evidente que el príncipe debía dirigirse a Phindar para su reunión con el Sindicato. ¿Debía impedir que fuera a ella?

No, pensó Obi-Wan. Si intervenía sólo conseguiría volver a prisión, pero a una de Gala. Lo mejor sería colarse a bordo y ver si conseguía regresar a Phindar.

Observó cómo el príncipe Beju desaparecía por la rampa. Le sorprendió descubrir que Beju no era mucho mayor que él. También tenía su misma altura, y su misma constitución…

Una idea brilló en la mente del aprendiz de Jedi como la luz de un sable láser extendido. ¿No sería demasiado arriesgado? ¿Debía intentarlo? Sólo tenía unos segundos para decidirse. Entró en la nave con cuidado. No se veía al príncipe por ninguna parte. Se dio cuenta de que la nave era un pequeño crucero modificado para su uso personal. Tenía toda clase de lujos. El príncipe Beju debía estar en su camarote, tras la puerta dorada situada a la derecha.

Obi-Wan entró en la cabina de control. Se sentó un momento para familiarizarse con los mandos. Ya había pilotado coches nube y deslizadores aéreos y, en una ocasión, una enorme nave de transporte. No debería serle muy difícil pilotar ésta.

Volvió al camarote y abrió la puerta de una cabina. Contenía suministros de todo tipo, pero encontró lo que buscaba en el otro… una hilera de turbantes similares al que llevaba el príncipe. Se puso uno en la cabeza, envolviéndose a continuación los hombros en una capa de color púrpura de lujosa tela.

Regresó a la cabina de control y se sentó a los mandos. Vio que el piloto se dirigía a la nave acompañado de tres guardias reales, así que subió enseguida la rampa de salida y conectó los motores iónicos. El piloto alzó la mirada, sorprendido.

El padawan vio cómo el desconcierto se pintaba en su rostro. Había contado con que el turbante y la capa confundirían a piloto y a guardias. Supondrían que el príncipe Beju pilotaba la nave. Puede que no por mucho tiempo, pero, con suerte, bastaría para permitirle despegar.

El intercomunicador cobró vida.

—¡Ya han pasado dos minutos! —ladró el príncipe Beju—. ¿Por qué no hemos despegado ya?

—De inmediato, mi príncipe —replicó cortante Obi-Wan.

Inició los preparativos del despegue. Los motores iónicos revivieron. El piloto y los guardias se acercaron más, intentando ver mejor. Uno de los guardias movió la mano en dirección a su láser.

—Ahora —murmuró el aprendiz de Jedi, y la nave salió disparada del hangar.

Las coordenadas de Phindar ya habían sido introducidas en el ordenador de navegación, y el muchacho pilotó la nave con seguridad fuera de la atmósfera de Gala. Esperó a estar en pleno espacio antes de quitarse momentáneamente turbante y capa.

En un mamparo de la cabina había un armarito con armas. Eligió una pistola láser y se dirigió al camarote del príncipe.

Éste estaba reclinado en un sofá.

—¡Dije que no quería que me molestaran! —exclamó sin levantar la mirada.

Obi-Wan se acercó un poco más y puso el láser bajo la barbilla del príncipe.

—Lo siento mucho.

El príncipe se incorporó para mirar a su agresor.

—¡Guardias! —gritó.

—Decidieron quedarse en Gala.

—¡Fuera de mi nave! ¡Haré que te maten! ¿Quién eres tú? ¿Cómo te atreves?

—No me aburras con preguntas —dijo Obi-Wan, poniendo al príncipe en pie—. Limítate a obedecerme.

Capítulo 16

Qui-Gon, Guerra y Paxxi encontraron un escondite tras una pila de equipos reparadores situada en el hangar del Sindicato. Duenna les había informado de la hora prevista de llegada del príncipe. En la plataforma de aterrizaje esperaba Baftu, acompañado por una tropa de guardias y androides asesinos.

Los hermanos Derida y el Jedi vestían las túnicas blindadas del Sindicato que habían robado dos días antes. Y si bien las túnicas les otorgaban cierta protección, siempre era mejor no ser vistos.

Kaadi había aceptado el plan con entusiasmo. También creía que la visita del príncipe sería el momento ideal para realizar el ataque. Había contactado con todos sus colegas rebeldes y éstos sólo esperaban una señal suya que les indicara la apertura de los almacenes. Había designado a los encargados de buscar armas y distribuirlas, así como a quienes se ocuparían de hacer lo mismo con la comida y los suministros. Y además procuraría que todos los phindianos vieran que se estaba cargando el bacta en la nave del príncipe.

Qui-Gon no podía imaginar cómo sería la furia de un pueblo que se había visto privado durante tanto tiempo de todo lo que necesitaba para subsistir. Seguro que la capital explotaría en mil pedazos. Eso proporcionaría distracción suficiente como para robar el tesoro de Baftu. Esto causaría la caída del Sindicato y haría que la paz volviera por fin a Phindar.

¿Por qué se sentía entonces tan incómodo?, se preguntó. Quizá fuera porque el plan parecía demasiado simple, y estaba lleno de incógnitas. ¿Y si el príncipe iba primero al Cuartel General? ¿Y si Baftu planeaba traicionarlo y quedarse con el bacta? ¿Y si no funcionaba el aparato anti-registrador de Paxxi? Ya lo habían probado con un cierre de seguridad de Kaadi, pero ¿y si el cierre del almacén era de otro tipo? Habría sido peligroso probarlo primero ahí, pero igual debieron intentarlo.

Igual dejaba que la preocupación por Obi-Wan interfiriera en su juicio. Estaba impaciente por hundir al Sindicato y ponerse a buscar a su padawan cuanto antes, pero ¿estaba siendo imprudente?

—Te preocupas mucho, Jedi-Gon —susurró Guerra—. No deberías. Todo saldrá bien. Paxxi y yo siempre hemos tenido suerte.

Qui-Gon no había visto nada que pudiera sustentar esa afirmación, pero el phindiano sólo intentaba ser una ayuda, así que asintió en gesto de gracias.

—Sí, así es, lo garantizamos —añadió Paxxi con un susurro—. El Sindicato se debilitará, y puede que se hunda, y el príncipe Beju se irá sin bacta y sin alianza. ¡Y ya está!

—¡Ya llega la nave! —siseó Guerra.

La nave del príncipe apareció en las alturas, blanca y esbelta. Descendió hasta realizar un aterrizaje perfecto. La rampa se bajó lentamente. Qui-Gon se puso en tensión. Iba a empezar todo.

El príncipe bajó lentamente por la rampa, solo. Al principio, el Caballero Jedi se sorprendió; había supuesto que el príncipe llegaría con una guardia real.

Entonces sintió algo familiar en él. Pero, ¿a qué se debía? Tardó largos segundos en darse cuenta de que era Obi-Wan disfrazado.

La alegría inundó su corazón. ¡Su padawan estaba vivo!

Pero a la alegría le siguió rápidamente la confusión. ¿Habría perdido su discípulo la memoria para verse mezclado de algún modo en los asuntos de Gala? Sería una coincidencia increíble. ¿Cómo habría conocido al príncipe Beju?

—Miradlo. Se nota que ese bruto es un ser maligno —dijo Paxxi con desagrado.

—Mira mejor. Ese muchacho es Obi-Wan —murmuró el Jedi.

Paxxi boqueó.

—Sí, es verdad, ya me pareció muy apuesto y valiente. ¡Y qué porte más real tiene!

—¡Obawan! ¡Estoy entusiasmado! —exclamó Guerra exultante, entre susurros, antes de caer en la cuenta—. Pero, ¿qué podemos hacer ahora, sabio Caballero Jedi-Gon? No podemos seguir con nuestro plan. Si alertamos al pueblo de que el príncipe se lleva el bacta, pondremos a Obi-Wan en grave peligro.

—¿Crees que le habrán borrado la memoria y que ahora lo está utilizando el Sindicato? —murmuró Paxxi.

—No sé qué pensar —dijo Qui-Gon en voz baja, con los ojos clavados en Obi-Wan mientras éste saludaba a Baftu.

Sólo podía hacer una cosa, y se concentró para buscar en la Fuerza. Se empapó en ella y la dirigió hacia su discípulo como si fuera una ola.

Y esperó, con los músculos tensos, con todas las células alertas, con el corazón suplicante, a que su padawan le escuchara.

Sintió que éste recogía su oleada de Fuerza y se la devolvía, rompiendo en él como una gloriosa cascada.

Qui-Gon cerró los ojos con profundo alivio.

—Está bien. Ha resistido el borrado de memoria.

Los hermanos Derida intercambiaron miradas incrédulas.

—Nadie antes ha conseguido eso —dijo Paxxi.

—Sabía que él podría hacerlo —afirmó Guerra—. Qué va, es mentira. Tenía miedo por mi gran amigo Obawan, pero ahora siento alivio y alegría.

—Yo también, mi buen hermano.

Los dos hermanos se enroscaron con sus largos brazos y se abrazaron, acercándose las caras sonrientes.

Pero el Caballero Jedi estaba preocupado. El phindiano tenía razón. Pondrían a Obi-Wan en peligro si seguían con su plan. Pero, ¿no tendría su discípulo también su propio plan? ¿No se había metido el muchacho en un aprieto mucho mayor?

Lanzó un suspiro. Tendría que esperar, y no actuar mientras no supiera lo que planeaba su aprendiz.

Una de las lecciones Jedi que había intentado enseñarle una y otra vez al muchacho era que la actividad de la espera siempre era necesaria. Actuar es algo que puede ponerte en peligro, le decía. El esperar y observar es siempre una tarea mucho más difícil, pero ésa es la que se debe dominar.

Si tan sólo se hubiera enseñado a sí mismo esa.

***

Obi-Wan sintió que la Fuerza le golpeaba como una ola. Supo que su Maestro estaba cerca y eso le dio fuerzas.

Le preocupaba que Terra pudiera cambiar de opinión y que estuviera en la plataforma para recibir a Beju. Estaba seguro de que lo reconocería al instante. Y, pese a haberlo encerrado en su camarote, le preocupaba que el príncipe pudiera hacer ruido suficiente como para que le oyeran. Tenía que alejar a Baftu de allí lo antes posible.

—Bienvenido, príncipe Beju —dijo Baftu al acercarse a él—. Me sorprende verle solo. ¿Lo ha pilotado usted mismo?

—Pensé que lo mejor sería venir solo —repuso en voz alta, esperando que Qui-Gon pudiera oírle—. Debo confesar que tengo mis dudas sobre esta alianza.

Baftu perdió la sonrisa.

—Pero si estábamos de acuerdo en todos los términos.

—Sí, pero yo arriesgo mucho más que usted —dijo Obi-Wan—. Usted siempre me dice que debo confiar en que cumplirá lo pactado. Siempre hablamos de mercancías que no he visto. Me habla de una gran provisión de bacta, de un gran tesoro que compartirá conmigo para que yo pueda recuperar Gala. Pero aún no he visto nada de eso.

La sonrisa de Baftu era tensa.

—Pues ahora lo verá. Vayamos primero al cuartel general. Allí tomaremos un refrigerio y…

—No. Primero el bacta —le interrumpió cortante Obi-Wan.

—Pero si he preparado un banquete. Allí podremos repasar los detalles. ¿No fue usted quien dijo que necesitaría comer algo tras el viaje?

—¡No me aburra con preguntas! Limítese a obedecerme. Primero el bacta. Después el tesoro. O me vuelvo a mi nave y regreso a casa.

La irritación de Baftu era visible.

—¿No acordamos que lo mejor era cargar el bacta al abrigo de la oscuridad? Si mi pueblo ve la cantidad de bacta que tenemos aquí, podría resultar peligroso para todos.

Obi-Wan se echó la capa por encima del hombro.

—¿Es que no puede controlar a su pueblo, Baftu? ¿Acaso les tiene miedo? Eso hace que me sienta inseguro.

El aprendiz de Jedi pensó por un momento que Baftu le mataría allí mismo. Pero la alianza era demasiado importante para él. Los ojillos astutos de Baftu se estrecharon y puso una sonrisa forzada.

—Como desee el príncipe, claro. Cargaremos primero el bacta.

—Excelente —le dijo Qui-Gon en voz baja a los hermanos Derida— Obi-Wan está ganando tiempo. Tenemos que cambiar nuestros planes. Primero el tesoro y después los almacenes. Alertad a Kaari de que el príncipe está cargando el bacta, y volved después conmigo.

Capítulo 17

Paxxi y Guerra usaron la señal de emergencia para pedir ayuda a Duenna, pero tras varios minutos de espera, Qui-Gon decidió que deberían prescindir de ella para entrar en el cuartel general del Sindicato.

—¿Cómo, Jedi-Gon? —preguntó Guerra—. ¿Volando la entrada? ¿Creando una distracción?

—Es de esperar que la presencia del príncipe provoque cierta confusión. No todas las cosas se atendrán a la rutina. Nos limitaremos a entrar —dijo el Caballero Jedi, bajando el oscuro visor.

Pasaron junto al primer guardia con un movimiento de cabeza. El segundo fue más difícil. Les pidió el número de orden.

—El príncipe Beju ha cambiado los planes. Quiere cargar primero el bacta. Baftu nos ha enviado aquí.

—¿Sin número de orden? —preguntó el guardia escéptico.

—Sí, podemos entrar —dijo Qui-Gon, usando la Fuerza con el phindiano.

—Sí, pueden entrar —repitió el guardia, haciéndoles una señal para que pasaran.

Los rayos láser de seguridad de la parte de atrás estaban desconectados, seguramente por la gran cantidad de hombres que entraban y salían. Nadie les dijo nada cuando cruzaron las salas en dirección a la escalera que conducía al piso inferior.

Qui-Gon y sus compañeros llegaron hasta la sala secreta y activaron el mecanismo de apertura de la pared. Se dirigieron rápidamente hacia la puerta de seguridad del tesoro.

—Ahora te toca a ti —le dijo Qui-Gon a Paxxi. Esperaba fervientemente que el aparato funcionase.

Paxxi lo conectó al panel de seguridad. Se escuchó una serie de pitidos electrónicos y, a continuación, presionó el pulgar contra el registro de transferencias. Le siguió un pitido. Entonces la luz se tornó verde y la puerta se abrió.

—¡Ha funcionado, mi buen hermano! —exclamó Guerra. Qui-Gon deseó que su aliado no estuviera tan sorprendido.

La habitación estaba llena de tesoros. Piedras preciosas, especias, monedas, metales raros.

—Necesitamos un transporte —dijo el Jedi—. No podemos sacar todo esto del edificio, así que habrá que esconderlo.

Los hermanos Derida corrieron hasta la escalera para coger los deslizadores que habían aparcado allí. Mientras tanto, Qui-Gon lo colocaba todo en montones. Después lo cargaron todo en los vehículos y los llevaron hasta el cuarto de suministros. Apenas cabía todo, pero consiguieron cerrar la puerta.

—Ahora debemos ir a los almacenes —dijo el Maestro Jedi.

Paxxi cerró la puerta de seguridad y reinició el registro de transferencias. No tardaron en dejar el cuarto secreto y cerrar de nuevo la pared. Se apresuraron escaleras arriba y salieron por la puerta de atrás.

Al doblar la esquina de la gran mansión, en dirección a la puerta principal, el Caballero levantó una mano.

—Esperad —murmuró.

Estaba llegando el deslizador dorado de Baftu. Éste y Obi-Wan salieron de él, seguidos por los androides asesinos.

—Es preferible dejar que mis guardias carguen la nave —le decía Baftu al muchacho que creía el príncipe—. Lo harán con rapidez y eficiencia, se lo aseguro. Ahora podrá ver el tesoro.

—Eso me complacerá —replicó Obi-Wan.

—¿Lo ves, Jedi-Gon? —susurró Paxxi—. El plan está funcionando.

—Somos unos hermanos con suerte.

En ese momento salió Terra del cuartel del Sindicato. Empezó a bajar las escaleras. El joven Kenobi se llevó la mano atrás para tirar de la capa y cubrirse el rostro, pero ya era tarde.

—¡Tú no eres el príncipe Beju! —gritó Terra señalándolo con el dedo.

Capítulo 18

La mente de Obi-Wan trabajó con rapidez. Terra le había reconocido, pero seguía siendo su palabra contra la de él. Tendría que marcarse un farol.

—¿Quién es ésta que se atreve a desafiarme así? —dijo, volviéndose hacia Baftu.

—Mi asociada, Terra —respondió Baftu, antes de volverse hacia la mujer—. ¿Qué estás diciendo? Tú nunca has visto al príncipe.

—Este hombre es un rebelde —insistió Terra, sacando el láser—. Yo misma ordené su borrado de memoria.

Escondido en las sombras, Qui-Gon se llevó la mano al sable. Paxxi y Guerra sacaron las pistolas láser, dispuestos a luchar. Siguieron el ejemplo del Caballero Jedi, y esperaron a ver lo que hacía Obi-Wan.

—A mí no me incumbe si tengo algún parecido con algún vulgar criminal de vuestro mundo —dijo el joven Kenobi con desdén, antes de mirar con el ceño fruncido a Baftu—. ¿Es un truco para impedirme inspeccionar el tesoro? Ya estoy muy inseguro de esta alianza y…

—No, no —repuso Baftu conciliador—. No escuche a mi asociada. Vamos a la bóveda.

Obi-Wan asintió.

—Os acompañaré —dijo Terra con gesto huraño.

—¿Qué debemos hacer, Jedi-Gon? —susurró Guerra—. Obawan continúa en peligro.

El Caballero Jedi había tomado ya una decisión.

—Paxxi, ve a los almacenes con tu aparato y ábrelos. Debemos seguir con el plan. Contacta con Kaadi y empezad a distribuir armas y comida. Sé que quieres quedarte y ayudar a Obi-Wan, pero esa distracción le será de mucha más ayuda que tu presencia aquí —terminó diciendo, posando una mano en el hombro del phindiano.

Paxxi asintió y se fue.

—Guerra, tú conmigo —dijo Qui-Gon.

Se unieron a la trasera del grupo de guardias y androides que acompañaba a Baftu y Obi-Wan.

—Terra es muy excitable —iba diciendo Baftu a su invitado—. No le haga caso.

—Así que tiene un socio excitable a quien no se le debe hacer caso —dijo Obi-Wan—. Eso no me parece inteligente.

Terra se acercó a ellos. Cuando Baftu se volvió para darle una orden a un androide, ella murmuró al oído de Obi-Wan:

—Me da igual lo que crea Baftu, sé que eres un impostor. No sé cómo pudiste resistir el borrado de memoria, pero lo descubriré. Y te mataré en un abrir y cerrar de ojos.

—Que abajo sólo nos acompañen androides —ordenó Baftu con viveza a medida que se acercaban a las escaleras que conducían a los almacenes—. Guardias, quedaos aquí.

Qui-Gon y Guerra esperaron a que hubiera bajado el grupo entero antes de ir tras ellos, procurando siempre mantenerse lejos de su vista.

Baftu activó la pared secreta y entraron en el santuario. Sus perseguidores se quedaron fuera, esperando, mirando por la rendija de la puerta cómo Baftu presionaba la palma de la mano contra el registro de transferencia. La puerta de seguridad se abrió.

Oyeron el grito de asombro de Baftu. Terra entró enseguida.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Dónde está el tesoro?

Baftu se volvió para mirarla. Su rostro tenía los rasgos deformados por la rabia.

—Ya entiendo por qué estabas contra esta reunión. Y por qué acusaste al príncipe de ser un impostor. ¡Habías robado mi tesoro!

—¡*Tu* tesoro! ¡Es tan mío como tuyo! —dijo Terra furiosa.

—Así que admites que lo has robado —dijo Baftu, con un tono de voz que se había vuelto amenazadoramente grave.

—¡Pues claro que no lo he robado yo! —exclamó Terra exasperada—. Aquí está pasando algo, Baftu. Este príncipe es un impostor. Alguien intenta desacreditarme, o desacreditarte a ti… ¡escúchame!

Baftu se volvió e hizo un gesto a los androides asesinos.

Todo sucedió antes de que nadie pudiera moverse, o parpadear siquiera. Los androides asesinos dispararon contra Terra sus láseres incorporados. Ella se quedó un momento inmóvil, con expresión ausente, sin comprender nada.

—Idiota —le dijo a Baftu, antes de caer al suelo.

Baftu pasó por encima de su cuerpo como si fuera una basura tirada en la calle. Posó la mano en el codo de Obi-Wan.

—Vamos, príncipe Beju. Ya me he ocupado de esa traidora. Sólo es cuestión de tiempo que descubra el sitio dónde escondió el tesoro. No pasa nada. No interferirá en nuestros planes.

Qui-Gon tuvo que empujar a un trastornado Guerra a la habitación contigua. En ella esperaron a que Baftu se fuera con Obi-Wan y su séquito de androides. Pudieron oír cómo se alejaba asegurando a su invitado que no había pasado nada.

Apenas desaparecieron de la vista, el Caballero Jedi y su amigo phindiano corrieron a la cámara secreta. Terra estaba en el umbral de la sala del tesoro.

Guerra se arrodilló junto a ella. Puso con mucha ternura uno de sus largos brazos debajo de ella y la levantó para acunarla.

Terra le miró. La luz de sus brillantes ojos se apagaba.

—No me recuerdas —dijo Guerra con voz rota.

Los ojos de Terra se aclararon. Brillaron por un momento, la memoria volvía a ellos.

—Qué va, hermano —dijo con voz queda. Alzó una mano temblorosa y tocó a Guerra en la mejilla—. Qué va.

Sus párpados se cerraron en un aleteo. Rodeó el cuello de su hermano con un brazo, descansó la cabeza contra él y murió.

Capítulo 19

Oyeron un grito detrás de ellos. Qui-Gon se giró para ver a Duenna en el umbral, con la mano en el corazón.

—Mi querida madre —dijo Guerra, con los ojos anaranjados llenos de lágrimas—. Nuestra Terra ha muerto.

La mujer se arrodilló junto a su hija. Guerra puso a Terra en sus brazos.

Qui-Gon tocó el hombro de su compañero phindiano.

—Debemos irnos, mi buen amigo. Obi-Wan correrá un gran peligro si empieza la batalla. Tu pueblo pensará que se lleva todo el bacta.

Duenna miró a su hijo mientras acunaba a Terra.

—Sí, así es, hijo mío —dijo con mirada clara—. Debes ir. Tu hermana no debe morir en vano.

***

El Caballero Jedi sólo se detuvo para coger el sable láser de su discípulo del mueble de armas que había junto a la puerta. Echaron a correr por las calles en dirección a los almacenes.

Oyeron el tumulto a varias manzanas de distancia. Disparos láser y gritos realzados por lo que parecía un chillido de rabia continuado. Los dos aceleraron el paso.

A medida que se iban acercando se cruzaban con más y más phindianos llevando víveres a manos llenas. Qui-Gon conocía los planes de Kaadi de encargar a algunos hombres que repartiesen comida y medicinas a los enfermos, además de avituallar los hospitales con suministros médicos.

Doblaron la última esquina que conducía a los almacenes y el Jedi vio con un rápido vistazo que tanto Paxxi como Kaadi habían hecho bien su trabajo. Habían entregado armas a los rebeldes, estableciendo una línea de resistencia contra los guardias del Sindicato. Al otro lado de esa línea, los phindianos se pasaban de mano en mano las vituallas que acababan en poder de los hombres encargados de salir corriendo con ellas.

Vio a Paxxi lanzar una granada de protones a un mar de hombres del Sindicato. Kaadi corrió con un electropunzón para atacar a un guardia que intentaba disparar a un corredor cargado de equipos médicos.

Qui-Gon se abrió paso hasta Paxxi.

—¿Has visto a Obi-Wan?

—Igual está junto a la nave —contestó negando con la cabeza.

Fue en ese momento cuando Qui-Gon le vio rodeado de guardias. Baftu estaba a su lado, observando la batalla. El Maestro Jedi se fijó en que su alumno cogía un láser de la cartuchera de un guardia sin que éste lo notara. Envió la Fuerza a su padawan que le miró directamente por encima de la multitud, asintiendo.

El Caballero Jedi conectó los dos sables láser. Se extendieron verdes y azules, brillando en el aire gris. El joven Kenobi saltó sobre los hombres del Sindicato y Qui-Gon lanzó al aire el sable láser de su padawan, el cual giró lentamente en el aire, trazando un elegante arco. Obi-Wan alargó el brazo y el pomo del arma cayó en la palma de su mano. Al aterrizar, trazó un círculo cortante contra la primera fila de guardias. Baftu se quedó mirando la escena, congelado por la sorpresa de ver atacar así a los suyos al muchacho que creía el príncipe Beju.

—¡Matadlo! —gritó.

Qui-Gon avanzaba ya para reforzar el ataque de su aprendiz con su propia ofensiva frontal. Conocían los puntos débiles de los guardias y no perdieron el tiempo dirigiendo sus golpes a las túnicas. En vez de eso atacaron cuellos y tobillos, consiguiendo además voltearles los visores blindados para conseguir un blanco más claro que les permitiese inutilizarlos.

La Fuerza les rodeaba, guiándolos, y Obi-Wan sintió su poder mientras combatía el Lado Oscuro de los crueles guardias del Sindicato. Sentía detrás de él la energía buena de los phindianos, apoyándolo. Se aferró a ésta y dejó que le guiara. Sus golpes caían allí donde pretendía que cayeran, mientras evadía el fuego láser con ayuda de la Fuerza, que le decía cuándo debía agacharse, moverse, saltar o bloquear.

El éxito en el combate de los Jedi dio fuerzas a los phindianos que se lanzaron al ataque lanzando gritos de rabia. Qui-Gon vio palidecer a Baftu cuando sus guardias rompieron filas. Guerra fue el primero en llegar, con un láser en una mano y una ballesta de luz en la otra. Tiró de la ballesta y de ella surgió el rayo láser, directo hacia Baftu.

Éste profirió un grito y cogió a uno de sus hombres para usarlo de escudo contra la descarga. A continuación dio media vuelta y echó a correr, perseguido por Guerra.

Obi-Wan saltó sobre un montón de hombres del Sindicato y salió tras Baftu y Guerra. El Maestro Jedi esquivó fácilmente la embestida de una pica de fuerza y giró sobre los talones, buscando a Paxxi con la mirada.

Estaba a su derecha, al lado de Kaadi, rodeados los dos por enemigos armados con electropunzones. Decidió acudir en su ayuda y tras acabar con un guardia que le atacaba, saltó por encima de quien pudiera interponerse en su camino. Al tocar el suelo, empleó su impulso para saltar a un muro medio derruido.

Pero ya era tarde. Un guardia había alcanzado a Paxxi, inutilizándole el brazo y forzándole a soltar el láser. Kaadi acudió en su ayuda justo cuando otro guardia la disparaba.

La descarga alcanzó a Kaadi, derribándola. Paxxi empleó el brazo sano para tirar al guardia el aparato antiregistrador que aún llevaba encima. El disparo láser alcanzó al aparato, haciéndole rebotar y dando al guardia. Qui-Gon entró entonces en el conflicto, sable láser en mano, rematando al guardia antes de enfrentarse al siguiente. Entre Paxxi y él acabaron con el resto de los contrincantes.

Paxxi se arrodilló junto a Kaadi.

—No pongas esa cara tan triste —repuso ella débilmente—. Aún estoy viva.

El Caballero Jedi le lanzó dos pistolas láser a Paxxi.

—Quédate con ella —le dijo.

A continuación dio media vuelta y echó a correr. Encontró un médico que estaba distribuyendo medicinas y lo envió con Paxxi y Kaadi, antes de encaminarse al espaciopuerto.

Cuando llegó allí, Baftu estaba rodeado de guardias y de androides asesinos. La nave del príncipe Beju también seguía allí, con el bacta a medio cargar. Los guardias protegían a Baftu mientras los phindianos descargaban el bacta de la bodega de la nave en medio de los disparos. Cada vez aparecían más y más rebeldes para unirse a la cadena de hombres que lo descargaban. Guerra y Obi-Wan estaban en medio del conflicto. El Maestro Jedi podía ver el brillo azul del sable láser de su discípulo cortando y golpeando a medida que el muchacho se movía evitando los disparos láser.

Qui-Gon corrió para apoyarle, pero antes de que pudiera dar un solo golpe, Baftu echó a correr de pronto hacia la rampa de la nave.

—¡Intenta escapar! —gritó Guerra, dirigiéndose a continuación a los guardias—. Ya veis dónde está la lealtad de vuestro jefe… ¡sólo la siente por él mismo!

Baftu dio un traspiés en la rampa. Los guardias se volvieron hacia él y el que estaba más cerca lo agarró, derribándole al suelo. Los dos rodaron rampa abajo.

Guerra corrió hacia ellos y puso la pistola láser contra la cabeza de Baftu.

—Te arresto en nombre del pueblo phindiano —gritó.

—¡Matad al rebelde! —le gritó Baftu a los guardias.

Los guardias del Sindicato intercambiaron miradas y soltaron las armas.

—¡Matadlo! —volvió a gritar Baftu, pero esta vez a los androides asesinos.

Pero los dos Jedi saltaron como un solo hombre desde ambos extremos. Los sables láser brillaron, cortando a los androides como si fueran ramitas.

De pronto, unos motores iónicos rugieron cobrando vida. La nave empezó a moverse.

—El príncipe Beju —dijo Obi-Wan—. Debe haber escapado de la bodega.

La nave se elevó en el aire lenta y torpemente.

—Dejad que se vaya —dijo Qui-Gon—. Su destino le espera en otro lugar.

Capítulo 20

Una semana después, los cuatro amigos se encontraban en el mercado del pueblo. Estaban rodeados de los mismos tenderetes que habían estado vacíos durante tanto tiempo, pero que ahora estaban llenos en abundancia. Medicinas, fruta fresca, circuitos para ordenadores, mantas, sábanas. Los phindianos iban de un lado a otro cargados con cestas llenas a rebosar de flores y de comida fresca.

Yoda había pedido a los Jedi que se quedasen en Phindar hasta que el gobierno provisional estuviera en marcha. Se habían necesitado unos días para arreglar el proceso. Los asuntos del planeta los llevaba una coalición de antiguos miembros del Consejo y del último gobernador de Phindar. Las elecciones para elegir al siguiente gobernador estaban previstas para el mes siguiente.

Baftu y sus principales lugartenientes estaban retenidos en una prisión de máxima seguridad, esperando a ser juzgados. La mayoría de los guardias del Sindicato tenían la mente borrada por Baftu, y a algunos se los había devuelto a sus familias originales con la esperanza de que el amor y los cuidados pudieran ayudarle a restaurar cualquier posible recuerdo que les quedara.

Obi-Wan y Qui-Gon se habían encontrado en el mercado con los hermanos Derida para poder ver el monumento de Paxxi. Había destruido al androide encargado de borrar la memoria, y colocado sus restos en un pedestal para que pudiera verlo todo Phindar. Sintieron un escalofrío al verlo, y se alegraron fervientemente de que lo hubieran desmantelado para siempre.

—Fue una idea excelente, mi buen hermano —le dijo Guerra a Paxxi—. Hay que afrontar el mal para poder conquistarlo.

—Sí, así es, mi buen hermano —repuso Paxxi.

—¿Cómo está Kaadi? —peguntó Qui-Gon—. Espero que mejor.

Paxxi sonrió.

—Ya está dando órdenes a sus médicos. Volverá a casa al acabar la semana.

Guerra miró al mercado que le rodeaba, con una repentina tristeza en la mirada.

—Estoy satisfecho —dijo—. Qué va, es mentira. Hemos conquistado mucho mal, sí. Pero quisiera que hoy tuviéramos a Terra con nosotros tal y como era antes.

—Murió tal y como fue en el pasado, mi buen hermano —repuso Paxxi, cuyo rostro reflejaba la tristeza de Guerra. Pasó su largo brazo alrededor de su hermano y éste hizo lo propio. Se miraron el uno al otro y lanzaron un suspiro.

—Estamos tristes, pero no mucho —dijo Guerra.

—Sí, no mucho —añadió Paxxi—. Nuestro mundo es libre, y eso debemos agradecérselo al sabio Jedi-Gon y el sabio Obawan.

—Sólo hay un problema —dijo Obi-Wan—. Ahora que en Phindar vuelve a haber abundancia para todos, ha dejado de haber mercado negro. ¿Qué es lo que vais a hacer?

—Una idea excelente, Obawan —dijo Guerra—. Yo también me lo he preguntado. Sobre todo desde que mi buen hermano destruyó el aparato anti-registrador.

—Así salvó la vida de Kaadi —señaló Qui-Gon.

—Así es —admitió Guerra—. La venta del aparato nos habría proporcionado grandes riquezas.

—Eso habría provocado vuestra perdición —dijo el joven Kenobi—. Había maldad envolviendo a ese aparato. Vosotros pudisteis usarlo para el bien. Pero muchos no habrían actuado así.

—Eres muy sabio, como siempre, Obawan —admitió Guerra con un suspiro—. Pero se pierde una gran fortuna.

—Y seguimos sin saber lo que vamos a hacer —dijo Paxxi—. Llevamos tanto tiempo siendo rebeldes, y más tiempo aún siendo ladrones. Ya no hay sitio para nosotros en nuestro querido mundo.

Qui-Gon parecía divertido.

—Yo no diría eso. ¿Qué pasa con las próximas elecciones? Phindar necesita un nuevo gobernador, y vosotros sois los héroes del momento. ¿Por qué no se presenta uno de vosotros al puesto?

Guerra lanzó una carcajada.

—¿Gobernador, yo? ¡Ja, me río de la broma de Jedi-Gon! Yo sería un político horrible. ¡Espera, es mentira! ¡Sería un político magnífico!

—Serías el mejor gobernador de todos, mi buen hermano —dijo Paxxi—. ¡Espera, eso también es mentira! ¡Yo sería mejor aún! ¡Debería presentarme yo!

—Bueno, tendréis que decidir cuál de los dos lo hace —comentó el Caballero Jedi—. Ya va siendo hora de que nos vayamos. Obi-Wan y yo debemos ir a Gala.

—¡Yo os llevo! —exclamó Paxxi—. ¡Sería muy feliz haciéndolo!

—Gracias, pero ya tenemos transporte. Y esta vez me gustaría llegar a destino.

Guerra le cogió las manos a Obi-Wan.

—Eres mi gran amigo, Obawan. Si alguna vez necesitas los servicios del nuevo gobernador de Phindar, sólo tendrás que pedirlos.

—¡Sí, podrás pedírmelos! —dijo Paxxi alegremente.

—Qué va, mi buen hermano —dijo Guerra—. Me los pedirá a mí.

—Adiós —dijo Qui-Gon—. Estoy seguro de que volveremos a vernos.

Los phindianos se despidieron envolviendo a la vez a los dos Jedi con sus largos brazos y apretándolos tres veces. Cuando los dos Jedi se alejaron, los hermanos Derida continuaron su discusión sobre cuál de ellos se presentaría a gobernador.

El Caballero Jedi seguía sonriendo cuando se encaminaron al espaciopuerto.

—Me temo que nuestra siguiente misión será mucho más difícil. Pero la estabilidad de Gala resulta crucial para todo este sistema solar. Nos necesitan allí más que nunca.

—No me apetece nada volver a ver al príncipe Beju —admitió el aprendiz—. Espero que no gane las elecciones.

—Vamos a ir sólo como observadores.

—Sí, siempre es así. Pero parece que al final siempre acabamos metidos en medio de todo.

Entraron en el espaciopuerto donde les esperaba su transporte.

—Hay una cosa de la que me alegro, padawan. De que aún conserves la memoria.

—Tu piedra de río me ayudó —dijo Obi-Wan, llevándose la mano al bolsillo—. No me había dado cuenta de que la piedra fuera sensible a la Fuerza. Debí imaginar que me regalarías algo de gran valor.

—¿Sensible a la Fuerza? —comentó Qui-Gon frunciendo el ceño—. Qué casualidad. Yo creía que sólo era una piedra bonita.

Obi-Wan le miró sorprendido. El rostro de su Maestro se mantuvo impasible mientras caminaba a zancadas hacia el transporte. ¿Estaría bromeando, o hablaba en serio? No lo sabía.

Empezaron a subir por la rampa de entrada. Asomó una sonrisa al rostro del muchacho. Les esperaba otra misión. Puede que después pudiera comprender al Caballero Jedi. Pero, de algún modo, lo dudaba. Seguro que le llevaría toda una vida poder comprender a su Maestro.